

DR. PHILIPPE DE CATHELINÉAU

LE LENDEMAINS DOULOUREAUX DE
L'AVORTEMENT

EL DÍA DESPUÉS DOLOROSO DEL ABORTO.

Traducción del Dr. Oscar Botta

Toda mi gratitud va al profesor Philip.G. Ney
(médico, psiquiatra infantil),
por la excelencia de su enseñanza
que se extiende a una parte importante de esta obra.

PREFACIO

Entre los temas sobre los cuales los medios de comunicación, habitualmente tan elocuentes se muestran más que reservados, por no decir totalmente silenciosos, viene a primer plano aquello que los anglo-sajones han llamado Post-Abortion Syndrom, y que se lo tradujo como “Síndrome Post-Aborto” pese a que el término no explica muy bien la realidad que el término significa.

Se trata de esta neurosis que persigue desde hace unos años, a numerosas mujeres que han tenido un aborto voluntario, una neurosis que puede tomar el aspecto de un estado depresivo o explicarse por varios problemas, fobias o somatizaciones por ejemplo. La raíz de estos problemas es muy simple: es la herida del aborto que marca la psiquis de esas mujeres. El aborto ha cortado el vínculo más íntimo que un ser humano puede tener, el vínculo con su propio hijo. Sobre ese drama, los médicos se han callado, o han buscado minimizarlo, los servicios sanitarios generalmente lo han ignorado, y los legisladores y hombres políticos, en su inmensa mayoría no han querido saber nada, de esto porque no es una cuestión para ellos volver

sobre esta cuestión del aborto.

Entonces se ha mantenido voluntariamente, en nuestra época de la información, un silencio de plomo sobre este drama del “Post-Aborto”, un silencio más denso y más pesado que el “sarcófago” que se ha colado sobre la central de Tchernobyl, esperando poner fin a la irradiación de Ucrania-Bielorrusia. Como ha sucedido en Tchernobyl aquello que se quería impedir que pase se ha filtrado igualmente: los médicos; dado que ellos ejercían simplemente su oficio de médicos y buscaban comprender los problemas de sus pacientes, han captado el vínculo entre esas depresiones que atendían y el aborto voluntario que era la fuente misma de esas depresiones, quizás a años de distancia.

Ellos han querido hablar, denunciar los estragos que el aborto voluntario provocaba en las mujeres que se habían dejado entrenar en este gesto mortífero. Se han calificado sus trabajos de Irrelevantes.

Hoy todavía el “Síndrome Post-Aborto” parece ser una palabra tabú, inconveniente, de mal gusto, desplazada. Se la ignora totalmente en Europa. Pero los hechos son testarudos: en enero de 2002, el prestigioso “British Medical Journal” abrió sus columnas al doctor D.C. Reardon y a su colega J.R.Cogle, para un artículo sobre las depresiones siguientes a los embarazos no deseados, terminados los más a menudo por un aborto. Las estadísticas suministradas por estos autores, llevadas a cabo sobre un grupo de 4.463 mujeres seguidas después de 8 años de sus abortos, mostraban claramente que las mujeres que habían terminado su embarazo en un aborto estaban en un 138% más de veces expuestas a entrar en depresión en los años siguientes a este hecho que las mujeres que habían llevado su embarazo a término. En junio de 2002, una mujer rompe el “muro del silencio” que rodea a las víctimas y declara públicamente en un programa de la BEC el calvario psicológico, situación de culpabilidad y de odio contra ellas mismas, dentro de la cual ella entró a consecuencia de un aborto voluntario practicado cuatro años antes. En abril de 2003, un nuevo estudio sobre las depresiones asociadas a los abortos y a los partos fue publicado en el Medical Science Monitor. Y en el mes de mayo, es el Canadian Medical Association Journal que presenta otro estudio de los doctores D.C. Reardon, J.R. Cogle, P.G. Ney y colaboradores, basado sobre 138.666 casos de aborto o el parto en las casas de las mujeres que vivían dentro de la pobreza. Este estudio muestra que las admisiones en servicios de psiquiatría por depresión, recidiva de depresión, o enfermedad maníaco-depresiva eran también mucho más frecuentes entre las mujeres que habían abortado que entre las mujeres que habían conservado a sus hijos.

Desde que yo he visitado Rusia, hace ya una docena de años, invitado amablemente por las autoridades de ese país, yo quedé sacudido por las cifras que ellos me habían comunicado en ese momento concernientes a la práctica del aborto en ese país. Esas cifras daban testimonio no solo de la frecuencia extrema de “la interrupción voluntaria del embarazo” sino de su difusión dentro del conjunto de la nación rusa .

El aborto parece y es considerado como una intervención quirúrgica de segunda importancia, tratado con ligereza, dentro de condiciones de higiene frecuentemente deplorables. No parece atarlos a ninguna preocupación de tipo moral, al menos de la parte de las autoridades sanitarias y de los médicos. Y por lo tanto, aquello que se sabe mejor hoy, que las mujeres han soportado las graves consecuencias psicológicas y morales del mal del aborto en ese país, y de otros tantos males que ellas no estarán preparadas.

Nuestro Consejo Pontificio para la Familia está preocupado hace ya numerosos años por esta cuestión. Yo he participado personalmente en 1994 en una conferencia llevada a cabo en Washington, DC, sobre el tema de la “curación después del aborto”, que ha dado su impulso al “Proyecto Raquel”, de asistencia a personas que hayan tenido un aborto. Las conferencias llevadas a cabo durante este encuentro han sido reunidas en un libro publicado en 1995 y titulado Post-Abortion Aftermath. A mi me ha sorprendido la gravedad del problema y también las dificultades que existen para ayudar a esas mujeres golpeadas, tanto a causa de la ausencia de toda compasión hacia a ellas respecto a los que “hacen la opinión”, a causa del estigma que esas mujeres llevan o sienten que llevan y que les impide solicitar una ayuda.

A continuación del doctor Philippe G.Ney, el doctor Philippe de Cathelineau entrega en esta obra su experiencia clínica y dice la verdad sobre la herida que el aborto genera dentro de las almas de aquellas que lo han practicado. No puedo más que desear que este libro conciso y bien escrito, pueda hacer conocer al público francófono “la cara real” de la “interrupción voluntaria del embarazo”.

Alfonso Cardenal López Trujillo
Obispo Suburbicario de Frascati
Arzobispo Emérito de Medellín (Colombia)
Presidente del Consejo Pontificio para la Familia
Ciudad del Vaticano

Una toma de conciencia necesaria

Yo era estudiante de medicina durante el tiempo que precedió las discusiones de la ley Veil. En ese entonces había aceptado ese texto ratificado por el Parlamento francés en 1975, que inventaba el término IVG, o interrupción voluntaria del embarazo. Los elegidos entendían de esa manera dar auxilio a las mujeres angustiadas a causa de la concepción de un hijo no deseado, proponiéndoles recurrir a un aborto despenalizado y medicalizado, intentando borrar los aspectos de culpa. Me parecía que era un progreso social. Sin embargo no me he unido jamás al coro mentiroso de aquellos que pretenden que el embrión humano no es más que un “montón de carne” y que su eliminación no genera más problemas que una extracción dentaria. Pero yo tenía el recuerdo vivo de una mujer joven que había hecho una septicemia grave a bacilo perfringes, contraída durante el curso de un aborto clandestino, practicado sin ningún tipo de higiene y asepsia. Y como muchos franceses, pensaba que a falta de poder salvar al hijo no deseado al cual cada uno prometía por otra parte un futuro infernal a causa de ese hecho irremediable de ser no deseado, la sociedad podía proteger por lo menos a la madre de las maniobras deletéreas de las matronas y otros “hacedores de ángeles”.

Este discurso construido sobre la piedad y una aparente compasión había dado en el blanco. En nombre de la caridad para aquellos que como yo se valían del Evangelio y en nombre de la solidaridad para otros, era preciso poner a disposición en el mundo entero, servicios especializados para las interrupciones del embarazo, a fin de ayudar a las “mujeres angustiadas” que fuesen de acceso libre y gratuito.

Simplemente se había olvidado que las acciones negativas, no pueden generar condiciones de felicidad. ¿Cuántas víctimas desdichadas han hecho esta dolorosa experiencia desde la sanción de esta ley? El infierno está verdaderamente lleno de buenas intenciones.

He visto mujeres quebradas, parejas deshechas, familias destruidas, la sociedad desestabilizada...Sin hablar de los inocentes asesinados, porque ellos no pueden hablar...

Entonces el drama recién comienza: las nuevas prácticas ambulatorias del aborto, aliadas a una negación creciente de su realidad y de sus secuelas, implicará fatalmente del número de duelos imposibles, ahogados en remordimiento y culpabilidad, que, por la falta de reconocimiento y de tratamiento, no pueden desahogarse sino a través de la cólera, la rebeldía, la desesperación y la violencia.

Un hecho sin embargo habría podido perturbar los espíritus democráticos, atados al respeto de la libertad de opinión: rápidamente, todas las voces que podían elevarse contra la banalización del aborto, fueron amordazadas con el más extremo rigor. Su autor, fustigado por los medios masivos de comunicación, no podían más que estar bajo la influencia de los “viejos demonios”. ¿Como ese nuevo totalitarismo, después del siglo que pasó, no ha alarmado más tempranamente las conciencias?

Eso fue lo que me despertó la conciencia. Me acuerdo siempre de un debate, en el cual el profesor Jérôme Lejeune, a quien yo había tenido la suerte de

tenerlo como profesor de genética -porque era un docente notable- fue blanco de un grupo de estudiantes excitados, cuyos argumentos se reducían a vomitar una violencia y un odio inauditos.

Y él solo contra todos-jamás en ese momento hubiese osado defenderlo-permaneciendo con una calma absoluta ante el insulto, a tal punto que muchos le mostraban el puño, retomaba pacientemente su argumentación.

La paz y la fuerza estaban de su lado. Ellas testimoniaban, mejor que cualquier discurso, la divina verdad que habitaba en él.

Ahora es tiempo de abrir los ojos como él nos enseñó, mirar los errores con coraje y sobretodo en lo sucesivo repararlos, tomar conciencia de los estragos considerables que el aborto deja detrás: cuantos sufrimientos toleramos todavía, bajo el pretexto de proteger el acto del aborto transformado en sacrosanto, ya que no encuentra justificaciones más que en el egoísmo y el combate de la retaguardia de los defensores de una ideología superada?

Un testimonio fuerte, como el de Susan Stanford , ha podido atraer la atención al menos de las feministas.Estas mujeres que se enorgullecen (engreída) de ser las portavoces de sus hermanas en angustia se cuidan bien de hacerle eco.

Prueba que su combate es puramente ideológico, es que no son motivadas por nada para ninguna verdadera solidaridad femenina.

Uno de los primeros en haber alertado sobre este punto es un médico psiquiatra infantil: el profesor Philip Ney. Este canadiense de origen francés, diplomado en la Universidad de Colombie Britannique, primero hace la especialidad en psiquiatría infantil y en psicología infantil, en la universidad Mc Gill , en la universidad de Londres y en la universidad de Illinois.

Ejerce durante treinta años como universitario y clínico. Enseña en cinco universidades distribuidas en cuatro países. Consagra quince años de su vida al maltrato del niño y publica numerosos artículos que lo transforman en una autoridad en el tema.

Es en el curso de sus investigaciones y de su práctica pediátrica que descubre un vínculo inadvertido entre el aborto y el maltrato infantil: descubre en los hermanos de los niños abortados la realidad del “síndrome del sobreviviente del aborto” y describe las secuelas dramáticas hasta entonces desconocidas y descuidadas.

De los niños atendidos en su consulta, él completa el interrogatorio a los padres, para comprobar en aquellos que habían practicado, soportado o alentado la Interrupción Voluntaria del Embarazo, el “Síndrome Post-Aborto”.

Después él estudia los efectos deletéreos del aborto en la familia y la sociedad.

El puso en marcha una terapia de aproximación a esas heridas profundas y funda un instituto de investigación y tratamiento, el IIPLCARR , para proseguir sus investigaciones , transmitir sus conocimientos y los frutos de sus trabajos.

El no fue el único en conmoverse. En París, otros especialistas en pediatría habían hecho observaciones similares: especialmente los pediatras, el profesor Jacques Couvreur, por entonces jefe de servicio en el hospital Trousseau, la doctora Monique Rollet (Hermana Marie-Luc), jefa de la maternidad Sainte-Félicité, y la doctora Marie Peeters, conocida por sus investigaciones sobre las causas bioquímicas del retraso mental, mientras que trabajaba en el hospital L'Enfants Malades, en el servicio de genética del profesor Jérôme Lejeune, así como una sabia mujer puericultora, hermana Marie-Veronique...

Son ellos los que difundieron las enseñanzas de Philip Ney en Francia, y que con la ayuda de la diócesis de París, preocupados por llevar auxilio a todas estas personas angustiadas, crearon AGAPA en 1994.

Aparece acá una primera enseñanza: es que no son los ginecólogos, ni aquellos que practican el aborto, quienes han sido los primeros en preocuparse por la gravedad de los efectos secundarios de sus actos y de sus repercusiones en el seno de las familias, sino los pediatras y puericultores.

Prueba que en los asuntos del aborto, son primeramente los niños quienes pagan el pato.

Yo mismo, en mi práctica de la medicina general, no había tenido la ocasión o la finura espiritual de descubrir y de inquietarme por las secuelas del aborto en los hermanos. Yo las descubrí en el transcurso de la enseñanza dada por Philip Ney... Pero yo pude muy rápidamente constatar la veracidad de aquello, desde que pude meter el dedo sobre el síndrome, estupefacto de descubrir la suma tristeza acumulada por los hermanos y hermanas sobrevivientes de un niño abortado. Hay llantos en los adultos que no son del cine.

Por el contrario, yo había ya más de una vez olfateado las angustias del síndrome post-aborto, en las mujeres que habían tenido que soportar una IVG (Interrupción Voluntaria del Embarazo). Y yo estaba preocupado de estar en la incapacidad de saber ayudarlos, al tiempo que sorprendido de constatar que no existía ninguna estructura para venir en su ayuda.

Es que entonces naturalmente con mi esposa, también médica, tomamos contacto con la hermana Marie-Véronique, desde que tuvimos conocimiento de la existencia de AGAPA, en la cual ella afianzó los primeros desarrollos. Fue ella la que nos hizo encontrar a Philip Ney de quien nosotros seguimos la enseñanza.

Abierto finalmente abierto los ojos nos toca el turno ahora de obrar para hacer entender la verdad dolorosa del aborto e intentar llevar ahí el remedio. Es en ésta óptica que nosotros hemos creado en Angers, bajo la dependencia de IIPLCARR y de AGAPA, AMNESTIA.

Juntando de alguna forma la acción a la palabra, este compromiso cercano a las personas profundamente heridas por el aborto, me lleva también a denunciar alto y fuerte la nocividad de esta práctica y a publicar sus consecuencias. Pero es necesario comprender, antes de abordar esta obra, que

el aborto es en sí mismo el desenlace de una mentalidad generada por toda una evolución y todo un medio-ambiente. Quiero decir que todo es causa y consecuencia: la cultura de la muerte es un terreno para el aborto (ahí encuentra sus raíces); pero ella misma es el fruto de aquello (multiplica su expansión y su difusión) . Entonces, se puede abordar el tema por un lado o por el otro. Dicho de otra manera, el aborto no es el único motor de sus consecuencias (el avance de la cultura de la muerte) y no es también más que uno de sus efectos. Es importante tener siempre en mente esta noción; aun si ella no aparece expresamente en las palabras, ella está siempre sobreentendida.

La toma de conciencia a la cual la presente reflexión llama es difícil.

Porque ella molesta.

Obliga a reconocer con humildad que se ha equivocado el camino. Obliga a operar un total cuestionamiento de las ideas recibidas inculcadas a mazazos desde mayo del 68. Obliga a sacudir los tabúes, que conforman un consenso culpable, del cual toda nuestra sociedad, al menos por su gran silencio, comparte la responsabilidad.

Pero la cosa vale la pena: ahí está en juego el futuro de nuestros hijos; ahí está en juego la felicidad de las parejas; ahí está en juego la alegría de las familias.

Y como ha dicho la madre Teresa, premio Nóbel de la paz, ahí está en juego la paz del mundo.

2

La ideología perversa del hijo deseado

“El primer derecho de un niño es ser deseado”.

Ese slogan, lanzado por la fundadora de la planificación familiar mundial, ha sido tomado por la ONU y la mayor parte de las naciones del mundo, para justificar sus políticas abortivas de regulación de los nacimientos.

En realidad, ocultada bajo los mejores sentimientos, no existe una idea más perniciosa.

Porque si el primer derecho de un hijo es ser deseado, cual es el del hijo que no lo es?

De hecho, el niño no deseado no tiene ningún derecho, porque el ha perdido aquel que precede a todos los otros, el derecho a existir! Esta ideología del hijo deseado es entonces una sentencia de muerte, cuya ejecución en suspenso depende de la decisión de los padres, o de los servicios sociales, usurpando un poder extravagante (desatinado)

Ella está en oposición completa al mensaje evangélico. Desde una óptica cristiana, en efecto, el primer derecho de un hijo no es el de ser deseado, sino de ser acogido.

Evidentemente tanto mejor, si el hijo es ardientemente deseado! Es muy importante que lo sea! Yo no abogo por una fecundidad irresponsable, todo lo contrario!

Pero la acogida del niño no debe ser subordinada aleatoriamente al deseo que se tenga de él , ni a las condiciones coyunturales pasajeras que encontrarían vías de solución si se pusiese más buena voluntad en querer solucionarlas.

Lo mismo ocurre por el reconocimiento de su humanidad. Éste, inherente a la persona humana, no depende de las condiciones externas, y que varían con la versatilidad de modas y éticas de circunstancias.

Es ésta perversión del amor de los padres, cuando el padre y la madre someten la acogida del hijo concebido a las fluctuaciones de sus deseos inmediatos, que traerá, en las familias donde el aborto se practica o es considerable, toda la génesis del síndrome de sobreviviente del aborto, que el profesor Philip Ney a individualizado, aún antes de ser alertado por los estigmas del síndrome post-aborto en los padres.

Entonces en esas familias, aun si el aborto es una palabra innombrable- y lo es casi siempre, es un pseudo-secreto que se mantiene con una connivencia por todas las generaciones- el hijo que le ha escapado al aborto sabe en su subconsciente que se le ha dado la vida por razones fortuitas, porque así lo ha decidido el deseo caprichoso de sus padres al momento donde la perennidad de su existencia y el reconocimiento de su humanidad han sido puestos en balance con otras consideraciones, en resumen todo secundario e irrisorio considerando lo que el es... o creía ser.

Algunos dudaran de la veracidad de esta aseveración. Es preciso que a ellos les falte la experiencia humana y que ellos no tengan para nada conocimiento de todos los niños y de los lazos misteriosos que unen a la madre con su hijo!

Numerosas observaciones clínicas nos muestran de una manera neta que el hijo nacido después del aborto de un hijo mayor, frecuentemente ha percibido muy precozmente, sin duda ya en el útero, el drama que ha enlutado a su madre y la violencia de los tormentos que la agitan, haciéndola ambivalente.

Se trata ciertamente de un conocimiento superfluo, subconsciente, no verbal; pero el hecho está: imprime una herida difícilmente superable. Desde el nacimiento, desde el período de maternidad, el recién nacido puede manifestar problemas graves de comportamiento, características del síndrome de sobreviviente al aborto.

Para captar la génesis de esta herida, es preciso comprender que cuando los padres subordinan su supervivencia a su deseo, el hijo pierde ipso facto todo valor intrínseco: no estando en vida más que por el deseo versátil de sus padres, o de las leyes de la sociedad que le han acordado el derecho de existir, por lo que el percibe que ese derecho no está más ligado de ahí en

adelante a su condición humana, y que el no tiene valor en sí, y que aquella depende de la consideración de los demás.

Y entonces, para merecer el derecho a vivir, o mejor dicho para conservar el derecho a sobrevivir, el va a intentar sin cesar, corresponder el deseo que sus padres tienen de él.

El va a comprobar que esto es imposible.

Tropezándose frecuentemente con las dificultades personales de sus padres, ellos mismos sometidos a los trastornos que engendra su síndrome post-aborto, la situación familiar corre el riesgo de degenerar en una serie de conflictos interminables. Y su vida corre el riesgo de convertirse en un infierno.

Además el hijo percibe muy bien la cosificación de su persona, y el sufre no ser, para sus padres que dicen amarlo, más que un juguete entre sus manos, que ellos pueden cada tanto y sin preaviso, a gusto de sus caprichos, adularlo o rechazarlo.

4

Maltrato infantil y Aborto

La relación de causa y efecto entre aborto y maltrato infantil ha sido establecida por el profesor Philip Ney. Este descubrimiento inesperado pero indudable lo ha llevado a estudiar las secuelas psicológicas del aborto, y luego a denunciar la extrema gravedad de sus consecuencias familiares y sociales, en las que los niños pagan el más pesado tributo.

Aparece, en efecto, que las personas que han pasado por la experiencia del aborto presentan una tendencia mayor a maltratar a sus hijos y viceversa, aquellos que han sido maltratados presentan una mayor tendencia a abortar...

Pero ¡atención! ¡No concluyamos que todas las personas que han abortado serán malos padres, que las víctimas de malos tratos recibidos en sus infancias serán conducidas automáticamente a abortar! Se trata solamente de una tendencia, ya en parte explicable por el dolor que implica para la persona haber ocupado el lugar de chivo expiatorio. Pero el paso al acto, afortunadamente, está lejos de ser sistemático.

Depende en parte de la capacidad de las personas para sobreponerse a sus heridas y a su fragilidad constitucional. Está claro que aquellos que sufren por otro lado enfermedades psiquiátricas o simplemente problemas psicológicos menores serán más vulnerables que los sujetos indemnes de toda falla.

Depende también del camino recorrido, de la ayuda que la persona reciba del entorno, de la presencia segura o no del cónyuge, y de múltiples factores individuales y del entorno entre los cuales el recurrir a una religión que proporcione paz a la persona ocupa seguramente un lugar importante.

El aborto y el maltrato son a la vez causa y efecto, nos ha dicho Philip Ney. Y él agrega que esta relación no se produce necesariamente en la historia de una misma persona, pero ciertamente en el interior de una misma

familia.

El menciona también aquello que llamamos los fenómenos trans-generacionales.

Se trata de familias que arrastran conflictos no resueltos o duelos no elaborados, ocultos en los trasfondos de la memoria familiar. Los adultos, desgastados por el peso de las generaciones que le preceden, traspasan a su turno a sus hijos el peso que los agobia. Y de generación en generación, los chivos expiatorios se suceden y se asemejan, se maltratan y destruyen. Si la ideología del niño deseado es a este punto proporcionada por la mayor parte de los gobiernos, es porque da a entender que el aborto de niños no deseados eliminará a aquellos que son mal recibidos (no bienvenidos), y que por tanto, al suprimir la causa principal, se podrá también hacer desaparecer el maltrato infantil.

Pero esto no es así. En todas partes del mundo, el maltrato infantil crece en forma paralela al incremento de abortos.

Dicho de otra manera, a mayor número de abortos, mayor número de niños maltratados.

¿Por qué asombrarse? La relación causal entre aborto y maltrato no tiene nada de sorprendente. La interrupción voluntaria del embarazo en efecto provoca síndromes post-aborto, en los que las descompensaciones degeneran en estados depresivos que tienden a repetirse. Una madre que tiene antecedentes de aborto, y que además es ella misma sobreviviente del aborto, será más propensa que otra madre, durante el nacimiento de su hijo a revivir sentimientos de culpabilidad y de angustia, desatándose en ella una depresión post-parto.

Este sufrimiento le impedirá vincularse adecuadamente con su bebé; y lo dejará de lado, lo privará de caricias o del amamantamiento... El niño que ha sufrido negligencias reclamará atención y cuidados, sus gritos (llanto, protesta) acabarán con la paciencia de la madre... En este movimiento de enervamiento mal controlado, ella podrá sentirse impulsada a sacudirlo y a lastimarlo... Y el niño, totalmente dependiente, sin comprender la situación, sin contar con ningún medio para manejar y mejorar tal situación, se hundirá en la incomprensión y el temor.

Este ejemplo simple es de extrema banalidad. Ilustra cómo el drama se desencadena muy a menudo, de un modo insidioso e ineluctable, a partir de las heridas mal cicatrizadas que empeoran, sin que se pueda acusar a los padres de su profunda crueldad. En realidad, las personas desdichadas son alienadas por su propio sufrimiento, y éste desvía su manera de conducirse y quiebra su buena voluntad.

Existen distintos tipos de maltrato infantil y la nocividad de cada uno de ellos es variable. Es necesario distinguir las formas de negligencia de aquellas de abuso.

Las formas de negligencia, en las que el niño no es nadie, son en general, desde un punto de vista psicológico, más perjudiciales que las formas de abuso, en las que el niño es solo considerado como malo. Los niños en efecto saben intuitivamente aquello que necesitan: alimento, afecto, etc.

Las formas de negligencia los privan de lo esencial; cuando reciben algún tipo de abuso, en cierta forma reciben, al mismo tiempo, el reconocimiento de sus padres. Por otra parte, agravando indirectamente su nocividad, la negligencia vuelve al niño más vulnerable a toda forma de abuso.

Es necesario igualmente distinguir tres tipos de abuso y dos formas de

negligencia, cuyas consecuencias varían: el abuso puede ser verbal, físico o sexual, y la negligencia puede ser física o afectiva.

Contrariamente a lo que se piensa a menudo, los tratamientos más brutales no son necesariamente los más traumatizantes en el plano psicológico.

De este modo, el maltrato verbal, en la medida en que es repetitivo, puede ser más perjudicial que el maltrato físico. En efecto, puede ser peor, y por tanto mucho más desestructurante, escuchar decir sin cesar que se es menos que nada, que de ser reprendido con violencia, aún si esto último deja moretones y un dolor pasajero.

El maltrato verbal “¡no eres más que un pequeño cretino!, ¡hubiera sido mejor abortarte!, ¡es por tu culpa que he debido abortar!” pueden aparecer en un primer momento como más anodino. En realidad, llena al niño de amargura, y lo seguirá haciendo toda su vida; ya que de adulto, él se repetirá a sí mismo, cada vez que esté enojado, las palabras hirientes que le dijeron en su infancia, condenándose a sí mismo a no ser más que el personaje detestable y despreciable que sus padres no dejaron de describirle.

Las negligencias, sean ellas físicas o afectivas, causan también grandes perjuicios, porque los niños que las sufren, piensan que no tiene ningún valor. Esto los lleva a exponerse a todo tipo de abuso, buscando desesperadamente un signo de atención. Y permiten que se los lastime repetidamente, como si el dolor fuera mejor que la ausencia de afecto.

El maltrato sexual es siempre grave y lo es más aún en tanto que genera muy a menudo una gran culpabilidad – la sexualidad toca lo más íntimo de la persona, y su profanación lastima como consecuencia su imagen profundamente y como raramente se da de una forma aislada, muy a menudo está asociado a negligencias afectivas, siendo éstas las que muchas veces y de un modo comprensible, conducen a este tipo de maltrato, como una forma de paliar la falta de afecto que sufren. Aún si el maltrato sexual no está acompañado de traumatismos físicos (simples caricias por ejemplo), se corre el riesgo de provocar secuelas psicológicas muy pesadas que dificultarán el desarrollo de una sexualidad adulta sana y plena, con todas las consecuencias que podamos imaginar.

Estas consideraciones sobre las secuelas del maltrato infantil y sobre su nocividad deben ser evidentemente relativizadas. La nocividad del maltrato depende por supuesto en primer lugar de la intensidad y de la frecuencia con las que una persona lo haya sufrido. Esto quiere decir que algunas veces las peores formas de maltrato pueden pasar completamente desapercibidas: el entorno señalará más fácilmente cualquier forma de maltrato físico en los que hay marcas visibles, en tanto que las negligencias afectivas y los maltratos verbales, muy a menudo, mucho más destructivos de la personalidad, pasan completamente desapercibidos.

Pero, en el caso de abuso físico, el niño recibe al menos las piedras que necesita para construir su personalidad. Ciertamente, ellas están mal talladas; pero están en su lugar. El edificio es entonces relativamente estable y las reparaciones podrán realizarse sin muchas dificultades.

Por el contrario, en caso de negligencia afectiva, maltrato menos evidente para el entorno, al niño le faltará siempre las piedras de base que no le fueron dadas a su debido tiempo y que son de una importancia capital para la solidez del edificio. Por tanto, la construcción será banal y su

restauración siempre delicada. ¿Cómo trabajar sobre la base de una construcción, sin correr el riesgo de provocar graves desmoronamientos en los pisos superiores?.

Malos tratos y falta de cuidados destruyen poco a poco la imagen que el niño tiene de él mismo y empobrece su personalidad a devenir. Las heridas podrán sanar, ciertamente, por un tratamiento apropiado, pero ellas dejarán cicatrices indelebles, no se podrá jamás reemplazar una infancia perdida. Las encuestas llevadas a cabo por Philip Ney muestran el lazo que existe entre el maltrato y la ideología del niño deseado: explica que cuanto más un niño es programado y deseado, dentro de un marco de una mentalidad de contracepción, abierta al aborto, en tanto que los padres se autorizan la eliminación o su acogida en función de consideraciones personales momentáneas, más él recibe maltrato, debido a que el niño no se adecúa a la imagen que esperan de él.

¿Cómo podría ser de otra manera? Estamos aquí frente a la mentalidad de libre elección. Ella impone el rechazo de los artículos juzgados de mala calidad. El cliente tiene todos los derechos, comenzando por aquellos de ser satisfecho por la mercadería entregada.

Por lo tanto, como no son más los vínculos de amor auténtico, a saber una aceptación del otro tal cual es y no tal como quisiéramos que sea, lo que rigen las relaciones entre las personas e imponen el respeto mutuo, la familia entra dentro de un espiral infernal de violencia, con su triángulo trágico que eterniza el drama de generación en generación.

Si no se aborda un proceso de re-humanización y de rehabilitación, de duelo, de perdón y de reconciliación, a fin de romper la cadena de sufrimiento, la familia vive una tragedia sin fin, a la cual solo su estallido puede poner fin. Y cada uno transportará sus heridas no cicatrizadas, infladas de ira y de amargura, al interior de la familia que reconstruya...

El flagelo contaminará luego el cuerpo social entero, de pariente a pariente, por el estallido sucesivo de las células familiares, en tanto que la recomposición del tejido social en nuevas familias, re-enyesadas, acelerará todavía más su diseminación.

Entonces, será el momento de temer, a escala de las naciones, una propagación exponencial del mal, a la manera de una afección viral que corre de célula en célula. La enfermedad acabará por tocar al cuerpo entero, si un tratamiento eficaz, que reconozca sus causas y las ataque de raíz, no interviene a tiempo...

Hasta aquí, hemos hecho hincapié sobretudo en la relación de causalidad que existe entre aborto y maltrato y solamente mencionado la relación inversa: el aborto es también un efecto del maltrato.

Este encadenamiento se concibe fácilmente a partir del triángulo trágico de violencia que trataremos en el capítulo siguiente. El muestra cómo se establece el círculo vicioso que vincula maltrato y aborto, aborto y maltrato, en tanto que se generan uno al otro, haciendo perenne un conflicto trans-generacional interminable.

La espiral de violencia y su triángulo trágico

La irrupción de violencia en una vida arrastra muy a menudo la violencia, como si la persona que la ha sufrido pusiera el dedo en un engranaje. Y se observa que ella es transportada, a pesar de ella, sin quererlo, en una suerte de espiral vertiginosa.

Muchas razones contribuyen a este hecho. La primera es que las víctimas de violencia, por una especie de complacencia y de connivencia sutiles hacia su agresor, lo protegen y contribuyen de una cierta manera al maltrato que reciben, acarreado ellas mismas el proceso de destrucción de su personalidad.

Otra razón todavía tiene que ver con el hecho de que una víctima de violencia presenta una tendencia natural a querer repetir el drama, como si fuera necesario para ella revivirlo a fin de comprenderlo, tratar de descifrar los misterios de la tragedia que vivieron y que sufren y analizar los pormenores que se le escapan, pero también para intentar persuadirse que, después de todo, lo que vivió no es más grave que eso.

La persona recrea el drama de dos maneras: por un lado sometiéndose aún a la nocividad de su agresor; por otro repitiendo ella misma el maltrato que recibió, eligiendo una nueva víctima.

La resultante de este doble movimiento inconsciente es que no solamente la violencia se hace perenne – la víctima se hunde en su rol de víctima-, sino que además la tragedia gira sobre ella misma, convirtiéndose la víctima en agresor.

Otra parte de responsabilidad incumbe igualmente a los testigos de la tragedia, que por su silencio, su complacencia, y las numerosas justificaciones “¡yo no sabía!, ¡yo no podía hacer nada!, ¡no podía involucrarme!”, permitieron que la tragedia ocurra.

Examinando de cerca las circunstancias y la evolución de estos dramas, como así también a sus actores, nos damos cuenta que los agresores, las víctimas y los testigos, están ligados entre sí por una suerte de relación triangular que gira sobre ellos mismos, como si los roles, tarde o temprano fueran intercambiables.

Las víctimas, una vez que son padres, se convierten a su turno en agresores, tal como lo vimos en el capítulo anterior, y a la inversa, los agresores que envejecen y son abandonados sin haber sido perdonados, se convierten en víctimas. La observación cotidiana nos lo muestra a diario.

Más ambiguo es el rol del testigo, que a primera vista aparece tan pasivo como inocente. En realidad, él entra activamente en la tragedia, desde el momento que no puede reconocer su parte de responsabilidad en la continuidad de un drama que él ha dejado que se perpetúe sin intervenir. Entonces, él será propenso, para disculparse, a recurrir al chivo expiatorio, convirtiéndose él también en agresor, mientras que su actitud lo arrastra hacia la pendiente de la deshumanización.

Entonces, que lo haya querido o no, lavándose las manos del drama que tiene lugar frente a sus ojos, él es una víctima inconsciente. Y entra también,

sin quererlo, en la espiral de la violencia....

Cada uno es tan agresor, tan víctima y tan testigo...al menos que él intervenga positivamente para romper el ciclo infernal.

Lo que importa, como consecuencia, si queremos prestar nuestra ayuda en una situación así, es considerar que no hay finalmente, en grados diversos, pero al menos de una manera real y cierta, más que víctimas. Al menos lo son todos ellos, un día u otro.

En un drama familiar, los padres, como los hijos, el marido como la mujer, los abuelos como numerosos parientes, todos son prisioneros del triángulo trágico de la violencia, transportados en una especie de espiral de la cual es muy difícil de salir. Todos ellos tienen entonces derecho a nuestra compasión, debido a que todos ellos tienen necesidad de nuestra ayuda. Esto no excluye por su puesto reconocer una justa responsabilidad y la reparación por los daños cometidos. Veremos en el último capítulo que aborda el tratamiento de estas heridas profundas, cómo una verdadera reconciliación es necesaria, reclamando un verdadero perdón y justas reparaciones, sin las cuales no existe perdón.

Pero esto implica, si queremos realizar una acción positiva frente a los actores de la violencia, tener una mirada de compasión, de amor y de misericordia, desprovista de un juicio personal. Esta actitud solo es posible si simultáneamente tenemos sobre los actos una mirada realista, sin complacencia, no llamando jamás bien a lo que no lo es. Volveremos sobre este tema debido a su importancia.

Por lo tanto, comprendemos cómo el aborto puede no solamente ser causa de maltrato, pero también efecto, una consecuencia, de malos tratos sufridos en la infancia.

¿Existe acaso peor maltrato que éste? En lo que concierne al niño en el útero quien paga con su propia vida. Es un maltrato absoluto. Pero, aún si la mujer que aborta lo niega, - ella lo sabe en lo profundo de su corazón-, se trata de un maltrato también para ella misma. Eligiendo la muerte para su hijo, ella sabe que ella es al mismo tiempo su propia víctima. Y esto es debido a que ella está embarcada en la espiral de violencia y a que ha experimentado la necesidad de recrear la escena dramática en la que ella es víctima. Es ella quien elige, más allá de la presión del entorno, ser objeto de su propio maltrato....

Constatamos en efecto un cambio vertiginoso de roles en el seno del triángulo trágico de violencia, y cada actor, en grados diversos, por supuesto, es a la vez, agresor, testigo y víctima.

El bebé inocente hace sufrir a su madre por su llegada inoportuna no sintiéndose ésta preparada para acogerlo (agresor). El asiste al drama sin tener una palabra para decir (testigo). El es sacrificado (víctima).

La madre decide la muerte de su hijo (agresor). Ella se abandona en las manos de la persona que le realizará el aborto (testigo). Ella está profundamente herida por el aborto (víctima).

El médico se encarga de la muerte (agresor). El respeta la elección de la mujer (testigo). El destruye una parte de su humanidad practicando un acto que es contrario a su vocación (víctima).

¿Y la sociedad no ocupa también ella simultáneamente los tres polos del triángulo? Ella no ofrece otra salida a la mujer desamparada (agresor). Ella deja que se practiquen los abortos en la indiferencia general (testigo). Y

no respetando a los más débiles, ella se autodestruye (víctima). Estas dramáticas consecuencias sociales de la interrupción voluntaria del embarazo, que la llevan hacia una suerte de suicidio colectivo, hacen al objeto del capítulo siguiente. ¡Ojalá estas páginas puedan ayudar al lector, si es aún reticente a denunciar la perniciosa “ley veil”, a tomar conciencia de las consecuencias ineluctables de la cultura de muerte a las que lleva el aborto!

6

Las Consecuencias Familiares y Sociales del Aborto

Es necesario recordar que, el aborto no es más que uno de los elementos de la cultura de muerte y que esta es un todo. Sus consecuencias familiares y sociales no le son específicas, ellas proceden de la cultura de muerte, en la cual el aborto tiene un lugar preponderante pero no exclusivo. El es él mismo, causa y consecuencia de esta cultura de muerte, y pues, el no es el solo motor del encadenamiento de la violencia que ella transmite.

Yo quiero decir que, sería todo tan exagerado y falso, de querer hacer del IGV la responsable de todos los males de la familia y de la sociedad, que de minimizar la importancia de su perjuicio, más allá de la pareja efímera que formen, durante algunos días, semanas o meses, el niño sacrificado y su madre.

Es claro, en efecto, que el aborto juega un rol mayor en la avanzada de la cultura de muerte, porque el es la más dramática manifestación y la más traumatizante de la muerte. Por lo tanto, el aborto agrava todo, le recurso al chivo emisario y los conflictos entre generaciones, por ejemplo. El actúa en realidad, como un detonador, un resorte poderoso que permite la germinación y la explosión de la cultura de muerte.

La Ley Veil a manifiestamente abierto una puerta, por donde se precipita en lo sucesivo, como un tornado devastador que nada parece poder detener, la mentalidad hostil a la vida. Y su frialdad se infiltra y se instala en las familias, quienes han hecho la elección del aborto, como en todos los engranajes de la sociedad que lo ha liberalizado.

Desarrollando el vínculo recíproco y recurrente que existe entre los maltratos infantiles y el aborto, nosotros hemos ya evocado y presentado sus consecuencias familiares.

El causa, nosotros lo hemos visto, una destrucción disimulada de las familias, que conduce a una ruptura de los vínculos familiares; entre los cónyuges, con aumento de las violencias conyugales y de los divorcios, facilitando la emergencia de nuevos modelos familiares donde los niños no encuentran jamás su interés; entre los padres y los niños, con las consecuencias que se puede imaginar: la huída en la droga, la delincuencia, el suicidio, etc.; su difícil identificación con el padre de su sexo, del hecho de sus desmayos, el maltrato o el abandono de los padres envejeciendo a su triste suerte o a la eutanasia...

Más allá del círculo familiar, en razón de la desintegración de su célula base que es la familia, el aborto precipita la disolución del tejido social,

quien se deshilacha, como si, aceptando su práctica, se hubiera tirado sobre una malla maestra.

Porque el aborto destruye la imagen del hombre y agrava la guerra de los sexos, levantando a la mujer contra el hombre.

En tanto que padre, el hombre, en efecto, está excluido del drama del aborto. El no tiene palabra para decir. Y por consiguiente, el va a faltar a su vocación, quien es de defender a su mujer y a sus hijos, sin que el pueda manejar esta situación que le escapa. Este fracaso va a ser nacer en él un sentimiento de impotencia y de inutilidad, cuyo resultado es un rechazo a asumir su paternidad, un temor de comprometerse como esposo y una pérdida de virilidad.

La progresión de la homosexualidad masculina está bien para mostrar la realidad de este hecho.

Ilustrando que todo es causa y consecuencia, la inversa es también verdad: si el aborto conduce al hombre a renegar de su paternidad, el rechazo de ésta, empuja a la mujer, no sostenida por su compañero, a abortar. Rechazo de la paternidad y aborto se engendran por consiguiente, pues, el uno al otro, desprendiéndose de una responsabilidad real del hombre, en la génesis del drama vivido por su compañera.

La mujer vive el drama de otro modo, porque ella asume directamente la responsabilidad y las consecuencias del aborto. Profundamente herida por el aborto, ella va queriendo al hombre, quien no ha sabido protegerla de eso. Su cólera va a empujarla a militar en los movimientos feministas, para defender el derecho de las mujeres y combatir el machismo de la sociedad. Ella va a ser también tentada de volver a representar el drama y de incitar a otros a jugarlo, a fin de justificarse y persuadirse que ella a hecho una buena elección...

Así, el aborto engendra el aborto y provee los cuadros y militantes del plan, quienes a su turno, etc. Esto es una máquina infernal, una suerte de ogro, quien recluta, él mismo, sus promotores entre sus víctimas, para volver siempre más rápido, y tragar siempre más.

Otra consecuencia incontestable de la banalización del aborto – no hay más que volver a leer la actualidad de estos últimos veinticinco años para constatar la triste realidad de eso – es el desarrollo de la mentalidad eugénica, es decir, una mentalidad partidaria de la ciencia de las condiciones favorables, para el mantenimiento de la calidad de la especie humana, .

La Ley Veil, en su sección II, autorizó, en principio, la eliminación, entonces dicha "terapéutica", de los niños sospechosos de enfermedad grave, "a toda época" de un embarazo, por consiguiente, hasta su término.

Dicho de otro modo, para hablar claro, ella permite ya el infanticidio por razones "eugénicas", es decir, favorables para el mantenimiento de la calidad de la especie humana.

Por cierto, la ley no autoriza la muerte sino cuando ella tiene lugar antes del nacimiento. Pero, no es inimaginable pensar que, a veces, con una cierta connivencia del cuerpo médico, el extremo límite legal puede estar justo un poco sobrepasado...

Desgraciadamente, no falta testimonio, de cuya credibilidad se duda será siempre fustigada, para dejarlo entender. Poco importa ¡. Qué diferencia hay entre matar a un bebé que va a nacer, o dejarlo morir cuando el viene de

nacer, negándole los cuidados los más habituales?. En la realidad y el horror del acto practicado, no existe ruptura entre aborto e infanticidio: el uno y el otro eliminan, quiérase o no, un ser humano recientemente concebido.

Puesto que la ley de 1975 programaba ya, con todas las letras, la eliminación de los niños físicamente disminuidos, no es sorprendente que ella hizo escuela, en una sociedad donde las necesidades de la economía imponen la prioridad de las elecciones, al salir de un siglo obsesionado por la selección del hombre perfecto.

La segunda etapa fue el voto de las leyes de bioética de 1994, quienes tragaron un sistema de procreación artificial fundado sobre una superproducción de embriones, su selección, su almacenamiento, (embriones supernumerarios), o su eliminación, si el diagnóstico pre-implantatorio los declara sospechosos de ser portadores de una enfermedad.

La tercera etapa fue de resarcir los actos médicos, permitiendo el examen médico preventivo in útero, de los bebés indeseables. En Francia, nosotros debemos esta medida "social" al gobierno de 1995 quien, permitiendo el reintegro de los test de diagnóstico precoz, de la anomalía caracterizada por la aparición de un cromosoma supernumerario en un par 21, para todas las mujeres, cuando nosotros no tenemos ningún medio de cuidar esta enfermedad hoy, comprometió pues, a sabiendas a nuestro país, en una lógica activa de eugenismo de Estado, es decir, el Estado promotor de la ciencia de las condiciones favorables, en el mantenimiento de la calidad de la especie humana.

El eugenismo rastrero a mostrado su verdadero rostro el gran día, con la interrupción Perruche y sus consecuencias, por las cuales, los magistrados de las más altas instancias judiciales de Francia obligaban finalmente a los padres a abortar a sus hijos en caso de sospecha de disminución física, para evitarles – la cultura de muerte está siempre pavimentada de buenas intenciones – de sufrir diversos prejuicios, (estéticos en particular!).

En veinticinco años, la sección II de la Ley Veil a pues, dado a luz, a la fobia a los disminuidos físicos, un racismo de los más intolerables. Los médicos que la han sostenido desde 1975, y notablemente los ecografistas y ginecólogos, quienes, durante este cuarto de siglo enviaron al aborto a una multitud de sospechosos, estarían escandalizados si se los tratara de verdugos de niños. No impide que ellos fueron las primeras víctimas del retorno de la manivela provocado por la interrupción Perruche!. Ellos han podido aprender, a su costa, que tratando de la suerte, ellos no eran testigos pasivos, pero actores comprometidos con la cultura de muerte, y que el triángulo trágico de la violencia es como la rueda de la fortuna: gira!.

Pero, han ellos aprendido la lección de eso?.

Que los jueces desconfíen a su turno; devolviendo estas sentencias, ellos han intercambiado sus gorras de testigo contra estas de verdugos!. Mañana, cuando ellos estén viejos o enfermos, ellos gritarán a la injusticia, indignados de ser las primeras víctimas de su jurisprudencia, quien señala con el dedo y acusa a las familias, quienes no han matado a sus disminuidos físicos y bocas inútiles...

La Ley Veil nos ha hecho volver a entrar en los círculos viciosos, de los cuales será bien difícil de salir. Es primordial que cada uno reflexione

sobre este problema mayor, grave, de consecuencias incalculables: despenalizando el aborto, se ha vuelto la interrupción del embarazo moralmente lícita y accesible a las mujeres que, "a priori", no hubieran pensado en eliminar a sus hijos y quienes no habrían jamás recurrido a un aborto clandestino; imponiendo casi hoy, ante la menor sospecha de anomalía ecográfica, se ha vuelto a entrar en una mentalidad eugénica, que denunciaba ya, a justo título, el profesor Michel Schooyans, de la universidad de Louvain en 1997: "Las indicaciones del aborto están en tren de multiplicarse. Estas "indicaciones" se incrementan notablemente bajo la influencia de las viejas ideologías malthusianas, racistas y eugenistas...", escribía el.

La prueba de ello fue la interrupción Perruche, pronunciada el 17 de Noviembre del año 2000, y sus jurisprudencias, quienes sucedieron en el corriente del año 2001. Un paso más a sido bello y bien franqueado con estas decisiones de justicia, quienes están en filiación directa con el Ley Veil. Recordemos que estas sentencias no apuntaban a indemnizar las culpas médicas. Si Nicolás Perruche a contraído una rubéola congénita, si otros niños son portadores de la trisomía 21, esto no es ni la falta de un médico ecografista, ni la consecuencia de un error médico. Ellos han sido indemnizados por el perjuicio de no haber sido abortados. En estos fallos, el no aborto de un niño disminuido físico es considerado como una falta, de la cual deberán responder, en lo sucesivo, los médicos y los padres quienes dejaban nacer estos niños.

La interrupción Perruche – este es su costado benéfico, si el puede tener uno de eso! – a, por consiguiente, permitido revelar al público la institucionalización de una "solución final", para los disminuidos físicos, quienes habían sido puestos en su sitio, con la bendición del Comité Nacional de Etica, de la Justicia y del Estado Francés. Ella anuncia la eliminación sistemática del débil, del lisiado, del inútil y del indeseable. Un golpe de interrupción a cierto sido dado a la desviación Perruche. Es evidente que, la ley adoptada después, prohibiendo denunciar el perjuicio de haber nacido, va en el buen sentido. Pero no nos engañemos!. La argumentación de la proposición Mattei estaba falseada, porque ella no volvía a acusar las disposiciones eugénicas de la Ley Veil, basadas en el no respeto del niño disminuido físico. Al contrario, ella reafirmaba el bien fundado. Esto que importaba, era que los ecografistas obstétricos, cuyo equilibrio económico era puesto en peligro por el alza vertiginosa de sus primas de seguro, volvieron a tomar el trabajo lo más rápido, para cumplir su sucia tarea de selección. El golpe de interrupción no hace mella en nada la política eugénica puesta en su lugar. El a solamente detenido el movimiento de protestación de los ecografistas, cuya huelga obstaculizaba el examen médico preventivo de los niños a eliminar...

El aborto, para retomar los términos del padre Schooyans, es el "prototipo de la violencia gratuita". El es "el más total ejercicio de la libertad absoluta de ese o esa quien es el más fuerte. (...) El niño no nacido, matado, es una víctima prototípica de la violencia totalmente gratuita a la cual el hombre recurre, imaginando dar a su libertad la expresión suprema. (...) El asesinato del niño no nacido es la expresión de la voluntad de destruir al estado puro; es la violencia primordial que, a término, va a potencializar todas las otras violencias."

Es tiempo de volver a tomar conciencia, como fue el caso en 1948, al pasado mañana de la derrota nazi, cuando los países occidentales enunciaron la Declaración Universal de los derechos del Hombre al grito de "Nunca más eso!", que, "las democracias están fundadas sobre el respeto incondicional de la vida humana inocente", y de reafirmar "la igual dignidad de todos los hombres y su derecho inalienable a la vida, cualquiera sea su estado físico o psicológico, su estatus racial, social o intelectual". Porque, siempre para citar al padre Michel Schooyans, destruyendo "este soporte de toda sociedad democrática, se induce en esta sociedad una dinámica totalitaria." De hecho, la eutanasia en el otro extremo de la vida, es otra consecuencia de la liberalización del aborto, cuya subida era absolutamente previsible, porque ella está también en el derecho hilo del totalitarismo, quien sostiene una mentalidad abortiva. Cómo podía ser el, de otro modo, en efecto?. No hay evidentemente más que los niños disminuidos físicos, quienes pueden ser juzgados indeseables. Porqué atenerse a ellos, cuando ciertas vidas son consideradas como indignas de ser vividas?. Ella también fue, por otra parte, banalizada y practicada a gran escala bajo el régimen nazi. Los incurables y los ancianos, (que los promotores actuales de la eutanasia serán mañana – el triángulo trágico gira!-), como todos estos que cuestan caro, tara suprema, harán todo naturalmente parte de las próximas carretas de condenados...

Es aterrador pensar que un personaje, presentado como uno de nuestros más grandes economistas, había anunciado, programado y soñado esta evolución desde 1981, sin que nadie se conmueva de eso: "La eutanasia será uno de los instrumentos esenciales de nuestras sociedades futuras", escribía él, felicitándose de esta evolución ineluctable. Además, el no se enredaba en las explicaciones; el anunciaba claramente, como un progreso, la ideología mortífera que sostiene la doctrina política que el entendía defender: "La lógica socialista es la libertad, y la libertad fundamental es el suicidio; en consecuencia, el derecho al suicidio directo o indirecto es, por lo tanto, un valor absoluto en este tipo de sociedad." No era esto reconocer que la cultura de muerte era la base central del programa político de nuestros gobiernos, durante varios decenios?.

La ideología del niño deseado que instaura la mentalidad abortiva, (un niño cuando yo quiero!), a engendrado igualmente la era de las procreaciones artificiales. Al principio, reservadas a la medicina veterinaria, estas técnicas, que resultaban por la puesta al congelador de los embriones supernumerarios, después por su destrucción en caso de ausencia de proyecto parental, han podido ser transportadas al hombre en razón de la cosificación del huevo y del embrión humano, consecuencia directa de esta misma mentalidad abortiva, (ahí todavía, se percibe el círculo vicioso que liga el aborto y la despersonalización del niño como causas y consecuencias recíprocas).

Con un pequeño paso de más, investigadores, pretendiéndose bien seguros animados de excelentes intenciones, (encontrar nuevos tratamientos para ciertas enfermedades), pueden, ahora, considerar de clonarlos, a fin de constituir reservas de células o de órganos de recambio, "embriones medicamentos", según los términos mismos del profesor René Frydman, "padre" del primer "bebé proveta" francés, confesando así su intención deliberada de tratar estos pequeños de hombre como nuevos esclavos...

Es evidente que toda esta evolución, quien conduce hoy a que los legisladores de ciertos países autorizen las experimentaciones sobre los embriones, sea diciendo en vista de poner a punto la práctica de clonages pretendidamente terapéuticos, habría sido estrictamente imposible, porque inadmisibile de un punto de vista ético, si no se hubiera anteriormente deshumanizado al niño por nacer, autorizando su aborto.

Además, la pérdida del respeto debido a toda persona humana, sostenida por la generalización de la mentalidad abortiva, relativiza también el escándalo de su explotación y de su esclavitud, y programa in fine la muerte de millones de inocentes víctimas, facilitando la emergencia de comportamientos incompatibles con la dignidad del ser humano, notablemente por el desarrollo de la pornografía, de la prostitución, de la pederastía, (prácticas homosexuales entre un hombre y un niño o prácticas homosexuales entre hombres), o del turismo sexual, para el cual se ha entendido voces de intelectuales elevarse en Francia, a fin de instituirla...

Yo he levantado un panorama bien tenebroso de nuestra sociedad, en este principio del tercer milenio, que podría dejar hacer creer que yo estoy desesperado por su evolución. No es nada de eso.

De una parte, yo sé que la gracia está en marcha. El creyente que yo soy no puede dudar de eso. Dios salva, y su victoria final sobre las potencias del mal es inevitable.

Pero también, la psicología humana es compleja y ella dispone, felizmente, de diferentes medios de salvaguarda para huir de una realidad también negra, a fin de suavizarla y de embellecerla, y así supervivir a los choques los más traumatizantes y volver va partir de una buena situación. Esperando días mejores, estos mecanismos protectores puestos en ejecución por una muchedumbre cada vez más numerosa de "heridos de la vida", permiten disimular la dura realidad, de salirse, dándole una atmósfera vivaracha , sobre hecha pero viable, que disimula los problemas y los relativiza. Gracias a que, hoy, muchas personas, sin embargo profundamente heridas, llegan a dar el cambio, y a dejar el espiral de la violencia, al menos temporariamente, optando por una posición de repliegue eficaz: vivir enmascarado.

Esto es lo que nosotros vamos a estudiar en el próximo capítulo. La máscara posee una doble ventaja: ella nos disimula de la mirada de los otros, substrayendo nuestras heridas y cicatrices demasiado visibles; y ella nos cubre la realidad del mundo, de la cual ella oculta el gris y la crueldad inhumana.

Pero cuidado con el destroz cuando la máscara cae!. La política del avestruz no soluciona ningún problema; ella no hace más que volver a empujar la resolución a las calendas griegas. Más dura entonces será la caída.

7

LAS MÁSCARAS DE LA PERSONALIDAD LASTIMADA

Todo el mundo entra en la vida desbordante de esperanza.

Pero si a causa de conflictos constantes, negligencias o malos tratos el niño se ve forzado a luchar para sobrevivir, entonces el desarrollo armonioso de su personalidad se obstaculiza. De todas maneras, aunque no encuentre en su medio los elementos necesarios para construir su personalidad el niño insiste en identificarse con aquello a que está llamado a ser, según se lo indica una intuición fundamental.

Se produce entonces un quiebre en su personalidad, que se agrava con la dolorosa comparación entre lo que constata que es y lo que debería ser, tal como esa intuición constante le indica. Entonces el niño lastimado se da cuenta de que la tragedia en que está viviendo lo llevará a perder contacto con lo que él realmente es.

Sucede que no puede cambiar la situación. Para eso debería matar a su familia y encontrar otra mejor (eso no lo puede hacer) o matarse a sí mismo (eso no lo quiere hacer) explica el profesor Philip Ney.

Por lo cual en la medida que se esfuerce por mantenerse en contacto con la realidad de su vida se sentirá [descuartizado], presa de una tensión insoportable. Se hundiría en la locura y en la psicosis si no fuera porque tiene medios de defensa que le permiten disfrazar la realidad de lo que vive y velar su propio rostro.

Se divide entonces en tres partes, elaborando tres imágenes de sí mismo, algo así como tres personajes de comedia que alcanzarán su dimensión plena cuando llegue a adulto: el héroe o peregrino herido, el bailarín y el pobre chico, según las denominaciones sugeridas por Philip Ney.

A diferencia de las dos últimas imágenes, que representan personajes que no son realmente él, que tienen una vida prestada y de los que se reviste con el fin de relacionarse y aparecer, el peregrino es el reflejo real de lo que él es, pero agobiado por el peso del sufrimiento. Como lo describe Philip Ney, ésta es la parte central y racional de las tres imágenes de sí mismo. El ya no es la persona que estaba en los planes originales de Dios, en la integralidad de integridad de su ser, ya que es una persona herida. Pero a diferencia de las otras dos imágenes que son máscaras, ésta es verdadera porque está de acuerdo con la personalidad real del sujeto, con sus heridas y potencialidades, que no disimula ni exagera. Se podría decir que es una imagen exacta, es decir, acorde con la significación profunda de su ser, teniendo en cuenta sus heridas. Pero esta imagen es poco conocida, porque generalmente está escondida detrás de una de las dos falsas imágenes que son el bailarín y el pobre chico.

No escapará al cristiano la analogía entre las tres cruces del Calvario y las tres imágenes de la personalidad lastimada.

El bailarín trata de endulzar la realidad del drama, de negarlo. Aparenta un optimismo a toda prueba. Desborda de energía y de proyectos. Trata de brillar. Pero no puede ilusionarse mucho tiempo y termina por cansarse: no se puede estar indefinidamente en puntas de pie. Tarde o temprano su sonrisa

se congela y se derrumba. Habrá cambiado su máscara por la del pobre chico, adoptando su tonta sonrisa.

El pobre chico exagera su desgracia y la despliega con placer. Es un deprimido que desespera de todo. Se dobla bajo las preocupaciones, llora por él mismo y escondiéndose como un caracol se hunde en el sueño y en el alcohol...

El bailarín procura agradar, exhibe habitualmente una sonrisa forzada, busca los aplausos y elogios, se aturde en la hiperactividad, le gusta hacerse el payaso y el bromista, se viste con ropa vistosa, trata de seducir o controlar a aquellos que caen bajo su radio de acción... Puede encontrar un consuelo pasajero con algún aliado que se le asemeje. Pero lo que busca es un padre no un aliado. También es cambiante. Por eso a dos bailarines les cuesta estar muchos tiempos juntos. Rápidamente se desilusionan mutuamente, no encontrando en el otro lo que cada uno necesita. Durante un tiempo tratan de salvar las apariencias y de impresionar. El bailarín ha representado tantas veces su rol que ya se le hizo familiar. Él mismo llegó a creerlo. Entonces querrá seguir el baile hasta los últimos "bis" y "vivas" de la audiencia, aunque interiormente ya no da más.

Pero cuando la mujer queda embarazada ya no puede seguir bailando. Entonces el que será sacrificado será el niño...

El pobre chico tiene rencor contra sus padres, pero su odio se vuelve contra sí mismo y contra todo el mundo. Se va convirtiendo en antisocial y entra en procesos mórbidos que lo llevan a la autodestrucción. Frecuentemente es amargo, replegado sobre sí mismo, misántropo y solitario, inestable y vagabundo, sardónico y fatalista, avaro y altanero... A veces tiene sobresaltos de esperanza cuando alguien le tiende una mano. Se metamorfosea bruscamente en bailarín, pero en forma efímera.

Con el tiempo esos períodos rosados son cada vez más raros. Termina hecho un harapo y hundiéndose en una desesperación sin retorno, llena de amargura, mientras que su cólera puede llevarlo al asesinato o al suicidio.

Estas dos falsas imágenes sirven para proteger el centro de la personalidad, para camuflarla, de manera que las agresiones no le lleguen y se desvíen hacia el personaje ficticio que la representan.

El bailarín y el pobre chico pueden ser muy convincentes. Pueden llegar a ahogar completamente al personaje real, tomando su lugar y dando la impresión de ser la realidad de la persona. Pero no son otra cosa que disfraces.

Detrás de ellos se disimula el peregrino herido, que se toma el trabajo de mantenerlos. Le gustaría despojarse de ellos y mostrarse a la luz del sol. Pero tiene miedo de no ser aceptado tal cual es, de ser rechazado y de perder sus amistades. Esta eventualidad lo angustia.

Ahora bien, estas personalidades de repuesto son inadecuadas, caprichosas, tiránicas, compulsivas e inadaptadas. La consecuencia es que impiden que la persona viva plenamente y se realice.

Sin embargo necesita sacarse las máscaras. Porque la condición sine qua non de su realización y de su felicidad es poder descubrir el significado profundo y eterno de su ser.

Las primeras etapas del recorrido terapéutico que diseñó Philip Ney para curar de los efectos del aborto consisten en conseguir esa liberación. Esto no se obtiene sin sufrimiento y requiere, como se verá en último capítulo, un raspaje doloroso. La rehabilitación y la reconciliación con los demás y consigo mismo son al fin de este difícil camino de curación.

Pero veamos antes qué pasa cuando cae la máscara y se manifiestan tanto el síndrome post-aborto como el síndrome del sobreviviente del aborto.

8

EL SÍNDROME POST ABORTO

Por varias razones el duelo por un niño abortado es siempre muy difícil.

En primer lugar hay que insistir en que se trata nada menos que de un duelo. Tanto el aborto como el nacimiento de un niño muerto son pérdidas reales de niños, sean o no deseados, sean o no bienvenidos. Las madres saben esto en lo más profundo de sus corazones. Las negativas de los que las rodean para ayudarlas o forzarlas a olvidar el mal recuerdo del aborto; las manipulaciones semánticas para esconder el aborto detrás de una pantalla de nuevas denominaciones menos elocuentes y muchas veces mentirosas (contragestión, vacuna contraceptiva, píldora del día después, etc); el nihilismo fomentado por la sociedad que se esfuerza en negar la realidad del acto practicado, ante todo y contra todo, a pesar de los datos científicos más elementales; todo esto no hace sino postergar el cumplimiento del duelo y destrozarlas aún más.

La denegación es ciertamente el principal factor que agrava la dificultad del duelo. Porque el cumplimiento de este requisito psicológico implica adherir al hecho mismo de la muerte de una persona. Esa es la razón por la cual es particularmente difícil cumplir el duelo de un desaparecido mientras su cuerpo no sea hallado e identificado.

En un aborto no se puede ver ni tocar el cuerpo del bebe; no se tiene a la vista esa imagen concreta de la muerte que convence de su realidad, ninguna ceremonia vino a oficializarla o desmitificarla.

La dificultad se agrava cuando se niega la existencia misma de la persona, porque entonces se niega a fortiori su muerte. Ese rechazo de la realidad vivida anestesia artificialmente el dolor de la pérdida del niño y lo atenúa momentáneamente. Pero imposibilita a la madre cumplir con el requisito del duelo. Mantendrá entonces un sufrimiento escondido, como un absceso que se va envenenando de a poco.

Por otro lado el duelo que se debe cumplir es doble. Porque al duelo por el niño se agrega otro más personal, ciertamente parcial pero no por eso menos real. Se trata del duelo por lo que lo hubiera sido si no hubiera recurrido al aborto. En efecto, ninguna joven que sueñe con su vida futura (lo mismo sucede con el divorcio) imagina o planea que un día va a abortar. Toda una imagen de sí misma se derrumba en ese momento y se ve obligada a reconstruir otra, menos agradable, que incluye ese fracaso irremediable...

Otra dificultad proviene del hecho de que durante el primer trimestre del embarazo existe una natural ambivalencia respecto al niño que viene. El cambio en la imagen corporal de la madre que causa su presencia; los malestares que habitualmente padecen las mujeres en esa etapa, en parte causado por las modificaciones hormonales pero también suscitado por el rechazo psicológico a una situación nueva que genera una aprensión muy comprensible; la modificación, postergación o incluso abandono definitivo de sus proyectos más queridos; todo esto pone a la joven madre en una situación de gran vulnerabilidad.

Las campañas de los medios de publicidad a favor de la contracepción crean una atmósfera de recelo malsano hacia la maternidad que aumenta todavía más ese rechazo. Un ejemplo de esto es la campaña orquestada por el Gobierno francés durante el invierno de 2001/2002. El slogan que se veía sobre las paredes "Son ustedes los que tendrán que vivirlo que viene después" daba a entender que el hijo es una temible amenaza para la tranquilidad y el [esparcimiento] [progreso] de las parejas, presentándolo como una calamidad que puede estropear la vida y de la cual hay que protegerse a cualquier precio. Parece una anti-bienaventuranza: "¡Desgraciados los que se arriesgan a tener un hijo porque son ustedes los que tendrán que vivir lo que viene después!" (cuando la Biblia siempre presentó la llegada de un hijo como una bendición...)

Es justamente durante este período crucial de ambivalencia que en mala hora se ejercen presiones para que la mujer suspenda ese embarazo inoportuno que inicia sin entusiasmo y que altera bruscamente la vida cotidiana de los que la rodean, poco atraídos por los sacrificios que exige la acogida del importuno.

Sin embargo es un hecho probado que una madre se va encariñando con su hijo poco a poco, a medida que avanza su estado. Su amor maternal, al principio frágil, crece con su pequeño y su deseo de acogerlo se afirma paralelamente.

Es una gran cobardía de los que rodean a la madre y de la sociedad en general aprovecharse de este período de vulnerabilidad para empujarla a

tomar una decisión que no está en condiciones de tomar.

Muchas veces ella conservará la impresión de haber sido usada, engañada y manipulada en un momento crucial en el que siente la imperiosa necesidad de apoyarse en algo fuerte que la sostenga. El recuerdo de la traición de sus próximos y el descubrimiento de la duplicidad de los médicos a quienes se había entregado con confianza exacerba su cólera, su desconfianza y su rencor, no solamente hacia ellos sino también hacia todo el mundo, que no pudo ni quiso ofrecerle una mano de socorro, a pesar de los bellos discursos sobre la solidaridad.

Este reclamo puede ser una carga muy pesada y multiplicar su cólera en la primera ocasión, sobre todo porque cuando se habla de aborto se le impone a la mujer la idea de que éste es voluntario.

¿No es esto un abuso del lenguaje y un engaño? Viendo los llantos y la aflicción de las mujeres que efectivamente abortaron uno se pregunta si es verdad que lo hicieron voluntariamente. ¿No serán más bien “voluntarias designadas” al igual que sus bebés, que ni siquiera tienen la posibilidad de aceptar o negarse?

Ya están todos los elementos que generan el síndrome post-aborto: la mujer ha negado la realidad de su duelo, reprimió su cólera y su culpabilidad, se ilusionó forzándose a pensar que practicó un acto anodino y sin consecuencias que eventualmente podrá repetir todas las veces que quiera...

Su resistencia se va a debilitar en cualquier ocasión en que bajen sus defensas. Puede ser por una enfermedad [intercurrente] [crónica], por perder el trabajo, por una ruptura amorosa, por la muerte de un ser querido, por un nuevo inconveniente, etc.

La descompensación típica del síndrome post-aborto es esencialmente psicológica. El aborto también puede tener efectos en el plano físico, pero no es lo común, excepto la interrupción de los ciclos menstruales que es relativamente frecuente. Se ha notado también en esta población un aumento de la frecuencia de las infecciones genito-urinarias, sobre todo [clamidiáceas], un aumento de los abortos espontáneos y de los partos prematuros, así como una disminución de la fertilidad. Pero estos desórdenes se mantienen por debajo de niveles mínimos y se curan con relativa facilidad.

Hay que hacer sin embargo una mención especial sobre un posible aumento de la incidencia del cáncer de mama después del aborto. Esta consecuencia probable de la interrupción brusca e inopinada del embarazo no debería sorprender si se piensa en la importante proliferación de células de las glándulas mamarias que se produce en previsión del amamantamiento del recién nacido, lo cual viene a agravar los males imputables a las píldoras contraceptivas y otros tratamientos hormonales sustitutivos. El enloquecedor crecimiento de este tipo de cáncer que se observa hoy en día está ahí para confirmar lo fundado de este temor.

Pero el síndrome post-aborto en cuanto tal es de otra naturaleza, ya que está relacionado con las consecuencias psicológicas y espirituales del aborto. A diferencia de las consecuencias físicas que son raras y habitualmente benignas, estas otras son [constantes] [normales] y gravísimas, aunque generalmente aparecen tardíamente. A veces después de un período de latencia muy largo.

En efecto, al día siguiente de un aborto la mujer se siente de tal manera aliviada (¡su decisión fue objeto de un tal combate interior y fue sometida a tales presiones!) que en general tiene la impresión de estar liberada, de que por fin salió de una pesadilla. Pero más tarde los primeros síntomas aparecen. A veces solapadamente en medio del peso de la rutina cotidiana.

Otras veces brutalmente, cuando una situación estresante despierta su angustia. Por ejemplo en el aniversario del día previsto para el nacimiento del bebé abortado (¡Mirá! Hoy cumpliría cinco años...)

En razón del tiempo transcurrido durante el cual todo parece ir bien la relación de causa a efecto con el aborto, que se cree olvidado y perteneciente al pasado, no se aparece en forma evidente. Sobre todo porque la mujer se niega a establecer una relación que exacerba un sentimiento de culpabilidad que no puede soportar.

La descompensación del síndrome post-aborto no tiene al principio nada de espectacular. Puede presentarse como una especie de entorpecimiento, de vacío afectivo, que se instala progresivamente dando lugar a la aparición de dificultades de relación, desentendimientos conyugales, etc. Después comienzan una serie de complicaciones que pueden aparecer espontáneamente o a raíz de algún acontecimiento que los desata (un nuevo embarazo, un aniversario).

La primera y más común de estas complicaciones es una gran tristeza, agravada por la dificultad del duelo que resurge y como telón de fondo un sentimiento de culpa muchas veces escondido, pero torturante.

Desactivar la culpabilidad implica recurrir a un chivo expiatorio. Los que van a pagar el pato son los médicos, pero sobre todo la pareja masculina, cuando no son todos los hombres en general los acusados de las desgracias de las mujeres...

Muchas veces se suma un sentimiento de temor. Miedo de sí misma, miedo de los actos delictivos y de las malas acciones que se podrían cometer, miedo de los demás, miedo de tener otros hijos, miedo de la muerte, etc. Algunos (y esto le puede pasar tanto a las mujeres como a los hombres) comienzan a tener tanto miedo de maltratar a sus hijos futuros que renuncian a tenerlos. Otros, descubriendo que fueron manipulados por personas en quienes depositaban su confianza y temiendo ser nuevamente manipulados, pueden desarrollar una tal desconfianza en los demás que pasan a ser incapaces de establecer relaciones humanas profundas y estables.

Por otra parte una mujer que ha abortado muchas veces tiene la sensación de que nunca más recobrará la inocencia perdida. Puede entonces ser llevada a esconder su vergüenza detrás de una fachada de cinismo que dirige tanto contra sí misma como contra los demás o contra la sociedad.

Paralelamente surge otro sentimiento fuerte, a veces alternando con la tristeza y otras veces mezclado con los llantos: una cólera contra sí misma o contra los otros, llegando a veces hasta tomar represalias, por haber sido injustamente privada de un hijo y por haber arruinado su vida. Esta cólera es particularmente intensa entre los adolescentes.

A veces se manifiesta también un sentimiento de indeseabilidad: la mujer teme ser rechazada como lo fue su hijo. Y en contraposición con ese sentimiento desarrolla conductas de dependencia.

Resulta de este conjunto un estado depresivo, con su cortejo habitual de síntomas: angustias, insomnios, pesadillas, problemas de alimentación, dolores psicósomáticos diversos y obsesiones, que giran sobre todo alrededor de la idea del embarazo o que la conducen a destruir su atractivo sexual, como la bulimia o la anorexia.

En los casos más graves se pueden observar fugas hacia el alcohol, las drogas, las sectas o la descompensación de psicosis agudas y depresiones suicidas.

Para dejar de lado el drama interior y no caer en una enfermedad mental ni ser acorralada hasta el suicidio la mujer pone en funcionamiento algunas defensas, orientando su futuro en cuatro direcciones posibles: olvidar, sublimar, enojarse o volver a empezar.

Los intentos de olvido y la denegación no consiguen ahogar la culpabilidad mucho tiempo. No hacen sino hundir a la desgraciada en las profundidades de una depresión cada vez más agotadora. Ella se protegerá más o menos, construyéndose una caparazón que la aislará y enfriará cada vez más. Se ven mujeres que entran en una especie de hibernación, alteran su ritmo biológico, se tornan lentas y tienen regresiones. Muestran un deseo de cuidados y atenciones mientras ellas se abandonan a una introspección permanente que no lleva a nada excepto a dar vueltas en redondo...

Convirtiéndose en una inadaptada para su ambiente, que no le aporta el sostén que necesitaría; no encontrando una respuesta dentro de ella misma, puede evolucionar hacia una disminución de su velocidad biológica que la confina a un estado pseudo-vegetativo a la espera de que la muerte la venga a liberar de su torpor helado...

Otra posibilidad es que la mujer deje que su cólera crezca y se exprese. Es otra estrategia de supervivencia relativamente eficaz, porque el activismo disimula bien la angustia. La cólera se desvía hacia los demás, abatiéndose sobre uno o varios chivos expiatorios.

El feminismo militante encuentra entre estas mujeres un vivero inagotable que se renueva a sí mismo a medida que consigue que más mujeres aborten. Pero a la sociedad humana esto no le aprovecha en nada. ¿Se puede construir un mundo de paz y amor si las mujeres tratan de paliar la ruptura de su identidad dedicándose como contrapartida a odiar ferozmente a los hombres?

Sublimar la angustia entregándose a una causa generosa o a otro niño es a la vez eficaz y valorizadora. La interrupción brutal del embarazo y la ruptura del clima hormonal ligado a la gestación le han dejado una sensación física y psicológicamente palpable de que algo quedó incompleto. De ahí nace a veces un gran deseo de tener un niño de reemplazo, a pesar de las dificultades que permiten prever un nuevo embarazo. Muchas veces la mujer se siente tironeada por una terrible ambivalencia, que se manifiesta en frecuentes interrupciones de sus ciclos y que genera perturbaciones en las relaciones madre-hijo. Mientras que ella se inclina a veces hacia el rechazo y otras veces hacia la sobreprotección al niño le cuesta cada vez más encontrar su lugar en este clima familiar malsano y desequilibrante, que agrava en él el síndrome de supervivencia.

La renovación del acto, para persuadirse de que no es grave, es otra vía posible de fuga. Está claro que esto no hace sino postergar la curación, hundiendo a la mujer en una angustia potenciada... Hemos visto en qué círculos viciosos se encontrará atrapada y las dificultades que tendrá en salir de ellos.

Es evidente que toda la familia padece considerablemente con este estado de la madre. Los niños existentes o por nacer estarán en condiciones de desarrollar a su turno el síndrome del sobreviviente del aborto.

Los dos síndromes van a chocar de frente y hacerse eco uno del otro, acabando de envenenar el clima familiar.

9

EL SINDROME del SUPERVIVIENTE del ABORTO

El síndrome del sobreviviente del aborto golpea, en primer lugar, a los hermanos y hermanas de un niño abortado. Mediante lo cual, el aborto no concierne solamente a los niños, el afecta también a los adolescentes y a los adultos, puesto que el aborto persiste y se agrava indefinidamente en la ausencia de tratamiento. La lista de las personas alcanzadas puede todavía crecer, a merced de diversas circunstancias, porque todas las personas que nacen en una familia, donde el aborto es posible de ser considerado, y quienes han, pues, escapado a ello, por suerte o por casualidad, pueden desarrollar este síndrome de supervivencia.

Además de los supervivientes de un conjunto de niños nacidos de una misma pareja de progenitores, donde el aborto ha sido practicado, (caso el más habitual y el más común en Francia), se puede por consecuencia distinguir,

si se quiere hacer una enumeración aproximadamente exhaustiva:-----

- Los Supervivientes estadísticos: se trata de los niños que nacen en los países donde el aborto se practica en masa, (hasta el 90 % de las concepciones, en ciertos países comunistas);
- Los supervivientes deseados: estos son los niños quienes han sobrevivido a una reflexión de los padres, cuando ellos han tenido en cuenta un momento, el recurso al aborto.-
- Los supervivientes amenazados: quienes escuchan decir: "Tu me decepcionas... Yo debería haberte abortado"; estos malos tratos, nosotros lo hemos visto, dejan secuelas psicológicas muy graves;
- Los supervivientes disminuidos físicamente: todos estos quienes han pasado a través de las mallas serradas del pequeño hilo, quienes han escapado al aborto dicho "Terapéutico" de la Ley Veil, hoy llamada "IMG", (interrupción médica de preñez), y quienes, para la mayor parte, tienen perfectamente conciencia de la suerte que les estaba reservada.-
- Los supervivientes por pura suerte: estos quienes habrían sido abortados si la madre hubiera contratado los servicios necesarios a tiempo y quienes escuchan decir: "Si yo hubiera sabido cuanto antes que yo estaba embarazada...Tu tienes suerte de estar con vida";
- Los supervivientes de una ambivalencia parental: "Yo no he podido decidirme...Pero hoy, yo se que la vida hubiera sido más fácil, si...";
- Los supervivientes de embarazos múltiples: quienes han escapado a la lotería de una selección embrionaria o quienes en la mejoría de una fecundación in vitro, han tenido la suerte de no pasar al congelador bajo la denominación de embrión supernumerario;
- Y, en fin, los milagrosos: estos quienes han escapado a su propio aborto – algunos han podido sobrevivir a maniobras de extracción o de desarticulación y han podido nacer gravemente disminuidos físicamente, (con un brazo de menos por ejemplo) – y estos quienes, abandonados sin cuidado a su nacimiento, han tenido la suerte de ser recibidos a tiempo por un buen samaritano de paso...

Los síntomas desarrollados por los supervivientes del aborto se derivan de una doble coyuntura patológica: los unos son de orden existencial, y son comunes a todos los supervivientes: que se trata de supervivientes de accidentes, de atentados, de catástrofes naturales, etc.; los otros son propios a la supervivencia del aborto, y están ligados a la ambivalencia resentida hacia los padres, puesto que ellos son a la vez, estos quienes dicen amar y estos quienes son capaces de matar.

Es claro que, ningún superviviente va a desarrollar todos los trastornos que yo voy a describir. Cada uno va a manifestar una parte solamente, y esto es un conjunto de síntomas convergentes, o un cierto perfil psicológico que va a meter la pulga en la oreja.

Es necesario retener de la larga lista que sigue, que se trata de manifestaciones posibles, pero no sistemáticas. Sin embargo, esta enumeración, por fastidiosa que ella sea, es importante, porque sólo un conocimiento tan completo como sea posible de los diversos aspectos de este síndrome, permite descubrirlo y no dejar a estas personas sufrir indefinidamente y estropear sus vidas.

La culpabilidad existencial – "Yo no debería estar con vida: ese quien ha sido matado era más merecedor que yo; soy yo quien habría debido morir; yo soy responsable de la muerte de mi hermano..." – es probablemente el más constante de los síntomas. Ella engendra un estado depresivo crónico y puede generar conductas de auto punición o de automutilación o tentativas de suicidios.

La angustia existencial – "Yo quiero vivir pero yo estoy condenado; alguna cosa va a pasarme, puesto que yo soy culpable de haber tomado el lugar de mi hermano" - es igualmente casi constante. Ella refleja miedo a lo que va a venir, quien va a engendrar una huída de la realidad, hacia las drogas, el placer o el suicidio, etc.

El apego ansioso y la ambivalencia afectiva se derivan de lo que nosotros hemos dicho. Estos trastornos de la relación afectiva son, en primer lugar, orientados hacia los padres – "ellos me aman, pero ellos son capaces de matarme" – pues ellos se generalizan hacia todos los adultos y todas las personas sensatas de amar.

La connivencia con el pseudo-secreto y el miedo de saber – "Es necesario que yo sepa...Pero yo tengo miedo de la verdad" – son igualmente habituales.

Ellas resultan de los no dichos, quienes rodean al aborto y perpetúan las situaciones conflictivas.

Como corolario, puede establecerse un miedo a la verdad, quien engendra un miedo al diálogo, del cual las consecuencias pueden ser una supresión de la comunicación y una represión de las emociones.

La desconfianza – "Yo no puedo tener confianza en mis padres... ni en nadie: como creer en el amor de mis padres, cuando ellos han matado a mi hermano?"

corre pareja con los síntomas precedentes. Ella se instala en todas las relaciones humanas. Resulta una imposibilidad de establecer una relación verdadera y confiada, en particular, con el otro sexo y su cónyuge, con, por consecuencia, numerosas rupturas amorosas y divorcios...La desconfianza se ejerce también en el encuentro de toda autoridad, engendrando conductas de insubordinación e insumisión.

La falta de confianza en sí es otra consecuencia de la falta de confianza en los otros. Por lo tanto, estas personas son a menudo influenciables, y pues, más fáciles a alistarse en bandas y malhechores, arrastrando su más grande propensión a caer en la delincuencia.

Otra síntoma posible es la culpabilidad ontológica. Ella se distingue de la culpabilidad existencial y se vuelve a añadir a ésta. Ella asciende del interior de la persona, quien no reconoce más su propio valor. La culpabilidad ontológica procede de un mismo punto de partida – "Yo no debería estar con vida; yo soy un incapaz" - , pero ella introduce otro comportamiento, decepcionado y dimisionario – "Porqué entonces desarrollar mis talentos?", quien genera un rechazo de la escolaridad y una falta de interés general. Estos son niños pasivos, quienes no quieren hacer nada en clase y quienes coleccionan los fracasos. Ciertos supervivientes del aborto, en efecto, se sienten sobrepasados por lo arbitrario, quien determina sus vidas. Ellos toman, pues, todo proyecto audaz, por miedo de perturbar el equilibrio inestable que los rodea, y como consecuencia, de destruir su familia.

Otros, sobretodo si ellos son niños de substitución, se enfrentan a los proyectos desmedidos de sus padres. Su decepción ante su fracaso se torna,

entonces, en decepción contra ellos mismos. Y ellos se vuelven a encontrar pronto, prisioneros de un síndrome de fracaso que paraliza sus iniciativas.

Ellos piensan que ellos serán siempre fracasados.

A la inversa de este reacción que los hunde en la pasividad, el niño puede manifestar una rebelión, sobretodo en la adolescencia, que se acompaña de agresividad frente a frente de sus padres, a veces sangrienta y de cóleras violentas, a menudo sin razón aparente. Ellos pueden convertirse en destructores y sublevarse contra toda autoridad.

O entonces, la rebelión puede tomar lo contrario de los valores preconizados por los padres y los educadores, y desembocar en una búsqueda hedonista del placer, con huída de lo real, (hacia el Rock, la Techno, el sexo, la droga, etc.).

Otro síntoma puede ser un desdoblamiento de la personalidad. Es observable en la casa de los niños de sustitución, forzados a vivir la vida de ese quien ha sido abortado. En los casos extremos, donde los dos niños no son del mismo sexo, (la madre en general evoca al niño perdido con un sexo bien definido, aún si éste no ha podido ser determinado realmente), entonces el niño de reemplazo, para corresponder al deseo de sus padres, será obligado a llevar una vida que no corresponde a su sexo, y se podrá tener hijas que son varones marimachos y viceversa, varones afeminados.

La pérdida del sentido moral, la pérdida del respeto al prójimo, el no respeto a la vida y el no respeto de sí mismo, pueden también ser consecuencias directas de la pérdida del valor intrínseco, de la cual sufren estos niños. Puesto que ellos no tienen valor personal, en efecto, porqué los otros lo tendrían?. Es claro que, esta pética opinión de sí mismo y de los otros pueden conducirlos más fácilmente hacia la criminalidad o todavía enrolarse en ejércitos combatientes, sin conmoverse de no ser más que de la carne de cañón...

La tendencia ulterior a abortar, ya evocada, es casi-sistemática, a fin de tratar de comprender el drama, (cuyas consecuencias) ellos han padecido y justificar el acto de sus padres. Y esto es la vuelta a entrar en el círculo vicioso del aborto que arrastra al aborto...

La herida del superviviente del aborto tiene igualmente una dimensión espiritual muy marcada; se nota a menudo un rechazo de Dios. Esto es, a la vez, una prolongación de la rebelión contra toda autoridad y el resultado de la caricatura del amor parental, puesto que ellos tienen bajo los ojos la imagen de sus padres, quienes dicen amarlos, cuando ellos son capaces de matarlos, y que ellos ven que la calidad de su amor está ligada a las variaciones de su deseo, ellos no pueden evidentemente reconocer a Dios como un padre amante.

Resulta de este conjunto de perturbaciones un estado depresivo crónico, con abatimiento y tristeza, quienes pueden aparecer precozmente, traducándose en la casa de un niño de pecho, por un grito quejumbroso y un rechazo del seno maternal.

Yo he sido golpeado por la suma de tristeza acumulada por los supervivientes adultos, y por la abundancia de sus llantos en el curso de los acompañamientos; estos son torrentes de lágrimas que son derramadas. A tal punto que yo he creído en una comedia o pensado haberme encontrado en frente de personas particularmente pusilánimes. La evolución en curso de terapia y la multiplicación de los casos encontrados me ha mostrado que eso no era

nada. Estas personas han acumulado una tristeza enorme y extremadamente profunda. Una vez curadas, su transformación es espectacular; se asiste poco a poco a la emergencia de una verdadera alegría, que viene a coronar el despertar de una rica personalidad, quien estaba escondida detrás de las máscaras de la depresión.

Yo he sido así el testigo de extraordinarias transformaciones, de verdaderas resurrecciones, prueba que la esperanza existe siempre, aún más allá de los más grandes sufrimientos. Se puede matar el cuerpo, destruir una personalidad, volver caducas todas sus potencialidades y amordazar su alegría de vivir...

Pero nadie podrá jamás matar "la pequeña hija Esperanza", quien habita en su alma. El último capítulo, abordando la terapéutica de estas heridas profundas, muestra como se puede ayudar a salir del agujero, en el cual el odio y los rencores la habían hundido.

10

Cura interior y retorno a la esperanza

La propuesta de cura propuesta por Philippe Ney, que nosotros hemos retomado, tanto como otros diversos equipos que han experimentado su validez y eficacia, es un todo que no puede escindirse o modularse al gusto particular sin cierto riesgo. Porque él propone un recorrido difícil y exigente, que despierta una profunda tristeza de la cual no es posible sustraerse. La prudencia exige pues, seguir el camino ya probado, balizado, y excluye la fantasía o el amateurismo de la parte de los acompañadores. Es cierto, los métodos utilizados no tienen nada de revolucionarios: el proceso de curación llama al uso de técnicas banales, de terapia transaccional y comportamental, por ejemplo. Pero su contenido y su organización son el fruto de una gran competencia y de una larga experiencia, que le confieren una fiabilidad remarcable dentro de una seguridad óptima.

Su puesta en marcha implica por consecuencia respetar los imperativos previos. Tanto por razones de prudencia como de resultado, si está descartado querer iniciarlo suponiendo posible quemar etapas, es también necesario garantizarse la asiduidad completa de sus participantes hasta su término. La seguridad de su consentimiento y sus motivaciones son entonces tan indispensables como el respeto de sus indicaciones y la observación escrupulosa del encaminamiento.

El recorrido es, en efecto particularmente decapante. Porque antes que la personalidad se reconstruya, la reapertura de las heridas reavivando el dolor y la tristeza, produce un estado de vulnerabilidad que implica una vigilancia estrecha. Así como un cirujano no abandona su paciente con el vientre abierto, no se puede dejar a las personas en curso de terapia largados, sin sostén, o abandonarlos a ellos mismos en la mitad de su encauzamiento.

Igualmente va de suyo que el equipo de acompañantes y terapeutas debe estar suficientemente formado, y que cada uno debe ser apto para soportar la carga emocional y el alto nivel de stress que resultan de remover las heridas en curso de tratamiento. El que tiene el rol de acompañante debe observar ciertas reglas :

- afirmar el respeto de toda vida humana desde el momento de la concepción
 - preservar escrupulosamente el secreto e impedir toda posibilidad de identificación de las personas acompañadas ;
 - buscar su consentimiento libre y aclarado ;
- informarlos bien del objetivo y de la modalidad de este recorrido que se les propone ;
 - prohibirse manipularlos o reprimirlos, y respetar siempre una total libertad de comunicación o no ;
 - acoger las personas heridas y sus confidencias dentro de la caridad ;
 - no desconocer la verdad, pero no levantar sobre ellas ningún juicio ;
 - respetar sus diferentes sensibilidades y convicciones religiosas y estar atentos a las exigencias que de ello derivan ;
 - vigilar el mantener una justa distancia con las personas acompañadas, guardarse de todo estado de interdependencia o familiaridad, abstenerse del tuteo o de besos, de inmiscuirse en sus problemas financieros, etc. ;
- emparejar los grupos de compañía atentamente, vigilar cuidadosamente la compatibilidad de los participantes, y abstenerse de integrar al grupo personas pasibles de tratamientos psiquiátricos ,que podrían poner en riesgo y perturbar la buena marcha de los mismos ;
- prohibir cualquier prosecución de acompañamiento fuera del grupo, y excluir las alusiones de problemas personales y la intimidad fuera de las reuniones.

Obligarse a profundizar los conocimientos, para mejorar su práctica y someter su trabajo de acompañamiento a una supervisión.

Todas estas obligaciones previas proceden de las exigencias deontológicas más elementales, que requieren el respeto absoluto a la dignidad de las personas.

Como se habrá comprendido la terapia preconizada se apoya sobre un trabajo de grupo gracias al cual cada uno beneficia de los progresos propios y de los otros, encontrando en sus interlocutores el eco de su propio sufrimiento.

A la luz de lo que se dijo en los capítulos precedentes está claro que la curación no puede obtenerse si no se recorren paso a paso las etapas siguientes :

- revisar su historia, los eventos felices y dolorosos de su pasado ;
- reconocer sus frustraciones y comprender cómo se armaron los mecanismos de defensa*
 - desenmascarar las estrategias de sobrevida ;
- tomar conciencia de su culpabilidad y discernir una justa responsabilidad dentro de su vida ;
 - acoger al niño herido en uno, aceptarlo y consolarlo ;
- adquirir la paz interior frente a su pasado ; hacer el duelo de sí mismo, de la persona que no pudo devenir la que había soñado ser :
 - reencontrar la paz particularmente y una autonomía ;

- dejar aparecer su verdadera personalidad, con todas sus riquezas ;
- permitir un proceso de duelo del hijo perdido(o de toda otra persona) ;
- comprometer actitudes de reconciliación a través de un camino de conversión interior ;perdonar a uno mismo, a otros, a Dios ;
- interrogarse sobre la evolución de sus relaciones con su entorno y con Dios ;evaluar el camino recorrido ;
- dar gracias ;aprender a tener una nueva mirada sobre sí mismo, para hacer fructificar sus descubrimientos y reencontrar su integridad psico-espiritual con la finalidad de progresar en verdad y en libertad.

Se notará que la dimensión espiritual está eminentemente presente, pero que sin embargo no escamotea el abordaje psicológico, porque ella no llega sino al final del recorrido, solamente después de un largo trabajo que explora minuciosamente este nivel. Es importante comprender a qué punto la curación no es posible sino tocando los dos planos conjuntamente..

Se argumentará entonces que este camino terapéutico está dirigido nada más que a los creyentes. Nada más falso, y la experiencia demuestran todos los días que todos, creyentes o no, benefician igualmente del mismo.

En verdad, se puede curar de estas heridas profundas sin Dios? .Yo contesto que no.

Porque se quiera o no, se admita o no, estas heridas tocan bien el fondo de la persona ; es decir que la alcanzan más allá de su psicología, en su alma misma, se la llame así o no, y se crea o no en su existencia.

La curación de tales heridas implica una curación existencial ,volver a encontrar la visión original de nuestra humanidad, recolocada dentro del plan creador y el querer de Dios... Cuando llegan al fin del recorrido, aun aquellos que al principio eran los mas rebeldes sobre el plano religioso, lo han percibido. Ellos mismos descubren la inefable presencia de Dios, disimulada en el silencio de su alma, y le abren la puerta ampliamente para que El venga a terminar el trabajo de restauración.

El proceso de reconciliación es sin ninguna duda un tiempo crucial del recorrido. Parece ser el punto de inflexión, la base, el camino obligado hacia el apaciguamiento definitivo.

Remordimiento, rabia contenida y rencor, deben dejar su lugar a un arrepentimiento sincero, mientras que el perdón dado debe ser real. Sin lo cual la mejoría observada no es sino una apariencia momentánea; la persona persiste así sometida a las turbulencias de un residuo amargo de odio y culpabilidad en ebullición, y de ahí a las recaídas.

Ahora bien, el perdón -yo hablo del perdón judío-cristiano, por supuesto-, contrariamente al contrasentido bien extendido en razón de la ignorancia común, no es en ningún caso el olvido (lo que esta hecho ya está y no puede borrarse), sino el don de una relación nueva entre la persona ofendida y el culpable- puede ser el término de un iniciativa puramente humana? Dicho de otra manera Se puede realmente lograr la curación sin la ayuda de Dios?

De hecho, cuando se intenta un impasse sobre la dimensión espiritual de la persona y de su herida y cuando entonces se descuida ese tiempo esencial de la cura, no se logra – y es el porqué se observa tantos fracasos y tantas terapéuticas ineficaces- sino una falsa cura, una caricatura de lo que debe ser, a saber: una restauración de la persona dentro de su perspectiva divina.

Tales son los logros de las técnicas falsamente terapéuticas, que son como las máscaras de la tragedia, solamente una esconde-miseria.

Así resulta de esos procedimientos que consistirían en decir : « Hay que olvidar », o por el contrario : « Enójate », o bien esas tentativas por tratar de sublimar el sufrimiento, transportando la angustia y la cólera sobre otro hijo, o aún el recurso a la auto flagelación, etc.

Si bien no puede escamotearse la perspectiva espiritual, por el contrario puede ser peligroso colocarse únicamente sobre este plano, eludiendo la dimensión psicológica de la herida .A menudo, yo he visto personas, que se reconocían como curados espiritualmente luego de oraciones y auxilios sacramentales. Pero ellas no lo estaban en el aspecto psicológico. En ese estado se debatían en un combate sin concesiones: una fe ardiente los retenía hacia la vida, pero debían aún cada día luchar contra la tentación del suicidio. Esas personas debieron realizar el recorrido completo para acariciar una curación acabada.

El fracaso también está garantizado cuando el duelo del hijo es propuesto ex-abrupto, sin haber hecho previamente el trabajo sobre sí mismo ,y curado las antiguas heridas ,anteriores al aborto. En forma similar, no tienen salida las psicoterapias de todas las suertes que dan intuiciones pero no esperanza.

Todavía es más catastrófico proponer: « Hazlo de nuevo y tu superarás esta crisis dándote cuenta que todo esto no es nada... ».

Desgraciadamente estas terapias ,que no tienen de terapéutica nada más que la pretensión de serlo, son a menudo propuestas, particularmente por aquellos que rechazan el reconocer al aborto como una herida profunda, y al hijo perdido como una vida asesinada.

Ahora bien, el interés del tratamiento, sin lo cual no hay una verdadera curación, es que la persona reencuentre la imagen real de ella misma, más allá del peregrino herido y las heridas ligadas al aborto, para que esta visión original y verdadera de lo que ella es, vuelva a ser el soporte, la perspectiva y el motor de su vida. Porque si, después de haberse librado de las máscaras, después de haber terminado el doble duelo, el duelo de sí mismo por una parte, de lo que él o ella hubiese devenido en el caso de no haber abortado y sufrido todas esas miserias ,el duelo del hijo perdido por otra parte « al cual se habrá dado un nombre y se lo habrá puesto en su lugar (es decir en las manos de Dios) », se logra matar al peregrino herido, para que deje vivir y expresar la verdadera personalidad con toda libertad –el héroe según el termino usado por Philippe Ney- .Se asiste entonces a una extraordinaria resurrección y a la emergencia de las potencialidades perdidas.

Es cierto que la persona herida porta aún cicatrices. Pero estas han se han vuelto luminosas, como un pote de cerámica roto y vuelto a pegar, que sería iluminado desde el interior y del cual las líneas de fractura dejarían filtrar la luz: puede entonces ser más lindo que si no se hubiese roto. Queda todavía sin duda trabajo de restauración para realizar en la fachada, pero el interior de la casa esta de aquí en adelante limpio, acogedor, agradable para vivir. Esta persona, que había descendido al infierno y que ha vuelto, no ha negado ni borrado su experiencia desgraciada, sino sacado de ella una lección positiva.

Cuando el proceso de curación esta terminado, el héroe renacido, vuelto a la

vida ,ha reintegrado en cierta forma su hogar y se siente bien en casa. En adelante, puede abrir su puerta, invitar sus amigos, gustar el sabor de un encuentro, sin pensamientos de fondo que vendrían a disminuir ese goce o postergar la alegría.

A pesar del recuerdo de sus heridas – nada se ha olvidado!!-la persona no es más amargada.

Se ha liberado de su odio, y le da la espalda en adelante a la lógica de la cólera y de la venganza. Ella puede al fin perdonar. A partir de ahora, no espera más que se le devuelva su infancia perdida y no está más trabada en su florecimiento. Ya no está más decepcionada sin cesar por los otros, y comienza a reconocer de la maravilla que ella es a los ojos de Dios;

En fin, aparte que su testimonio enraizado en lo vivido toma una dimensión cautivante, es ella quien en adelante será el salvavidas para los heridos de la existencia que encontrará; la mano tendida que los sacara del abismo...

Terminando estas líneas, soy consciente que estas páginas no serán bien recibidas por todo el mundo, en particular por los « aferrados » de la ideología egocéntrica y hedonista que soporta la ley Veil, al menos por los que entre ellos, impermeables a la miseria de sus contemporáneos, serían incapaces de volver a cuestionarse sobre el tema; y que por eso esta obra va a suscitarme hostilidades de principio, desde la lectura de su título.

Pero yo no tengo cura: tengo el sentimiento de haber compensado una cobardía.

La imagen del profesor Lejeune, plantado solo enfrente de sus detractores fanatizados, sólido como una roca, inamovible, sereno a pesar de la tormenta, me ha perseguido largo tiempo. Su recuerdo me evoca hoy la persona de Jesús, cuando fue al choque de una multitud furiosa, que quería tirarlo de lo alto de un acantilado. Y El, pasando en medio de ellos, seguía tranquilamente su camino.

El doloroso problema del aborto no concierne solamente las futuras madres en sufrimiento por estar encintas. Nosotros lo hemos visto, todo el mundo está implicado .El aborto, lejos de ayudar realmente a esas mujeres en desgracia, las carga de una infelicidad aún mayor. Las hace rencorosas y con una culpabilidad insoportable- porque según el testimonio de una mujer vuelta de esa experiencia, un hijo es más pesado de cargar en la conciencia que en los brazos !-,pero además, el aborto rompe la relación conyugal, afecta la hermandad, aniquila los lazos familiares, mina la cohesión social, y –hace falta recordarlo ?- mata a un niño por nacer !.

A menudo, no tenemos el coraje para defender la verdad, la primera de las caridades. Pensando en eso, me he dicho que lo mismo que San Pedro después de sus negaciones, nosotros también podríamos escuchar el gallo que canta, mientras que los pequeños que nosotros hemos traicionado y sacrificado, como el Señor, podrían retornarse y dirigir sus miradas hacia nosotros ...Como el apóstol ,no nos quedaría otra que llorar amargamente !

Entonces, de aquí en adelante, más bien que cerrar los ojos sobre las víctimas de este « nuevo holocausto », para retomar los términos del cardenal Lopez Trujillo y a lamentarse por nuestra inacción para la defensa de la causa de los tan pequeños, asesinados injustamente dentro del seno materno, despertemos nuestras conciencias obnubiladas, gritemos la verdad fuerte y alto, y no nos callemos más: « Nunca más eso! ».

Los hombres y mujeres que adhieren al respeto de toda persona humana deberían erigir este precepto en el artículo primero de su compromiso político, y hacer del derecho a la vida una carta incontrolable. Sí, hace falta que nunca jamás un Estado organice la exclusión, el terrorismo y una « solución final », para eliminar de la tierra una categoría de humanos, que otros juzgan no deseables o que consideran como sub-hombres, indignos de compartir enteramente el patrimonio de la humanidad, en razón de motivos diversos, ya sea por el color de su piel, sus creencias religiosas, su estado de salud o coeficiente intelectual, su riqueza o miseria social o aún por su edad!

Es el caso de esos embriones extraídos del útero materno o fecundados en probeta, que un lenguaje pérfido, por desgracia ampliamente utilizado, llama «seres humanos potenciales» o «en devenir », cuando son humanos de una manera absoluta y constante, total y definitiva. Esta calidad de ser, como su pertenencia a la especie humana, son su naturaleza misma, intrínsecamente sui generis, y esta definición de lo que son no puede ponerse en duda ni serles quitada sin mentir; sin contradecir los datos más elementales de la ciencia y de la razón, de la filosofía y de la fe.

Desde la concepción, sólo las aptitudes están en potencia y en devenir, pero para nada la humanidad, que está ya definida.

Qué hombre por otra parte no está de una manera permanente en devenir ?Somos o no siempre , potencialmente, lo que seremos mañana ?El lactante , por ejemplo, no es un niño en devenir, y el adulto, no es un anciano en devenir ?Tenemos por lo tanto una naturaleza humana en acordeón , que se afirma y se desnaturaliza al gusto de las consideraciones exteriores de leyes de circunstancia ?

Rechacemos la hipocresía. Ahora, todos juntos y sin exclusión, nos hace falta por fin pensar en la construcción de la civilización de la verdad y del amor, « llenar la tierra y someterla »¹², según la orden de la creación, querida por Dios, Padre de todos los hombres.

Para llevar a cabo esta empresa exaltante, las mujeres tienen un rol primordial, y, entre ellas, más que todas las otras, las que han conocido el dolor del aborto.

Ya ,el Concilio Vaticano II había dirigido un mensaje a todas las mujeres de la Tierra :

« reconcilien los hombres con la vida .Y sobre todo les suplicamos por el avenir de nuestra especie ». ¹³

Retomando esta interpelación de la encíclica *Evangelium Vitae*, Juan Pablo II precisaba : «Ustedes están llamadas a testimoniar sobre el sentido del amor auténtico, del don de sí y la recepción del otro que se realiza específicamente en la relación conyugal, pero que debe animar toda relación interpersonal .La experiencia de la maternidad refuerza en ustedes una sensibilidad aguda por la persona del otro y, al mismo tiempo os confiere una tarea particular(...) . En efecto, la madre acoge y porta en ella a otro ,le permite crecer dentro de ella, le da un lugar propio respetando su condición de diferente .Así, la madre percibe y enseña que las relaciones humanas son auténticas si ellas se abren a la recepción de la persona del otro ,reconocida y amada por la dignidad que resulta del hecho de ser una persona y no por otros factores como la utilidad , la fuerza, la inteligencia, la belleza, la salud. Tal es la contribución fundamental que

la Iglesia y la humanidad esperan de las mujeres .Es la condición previa indispensable para este giro cultural auténtico ».(S 99).

Este giro cultural auténtico, había indicado Juan Pablo II, es « el coraje para entrar en un nuevo estilo de vida, que adopta una justa escala de valores como fundamento de elecciones concretas, a nivel personal, familiar, social e internacional: la primacía del ser sobre el tener, de la persona sobre las cosas .Este modo de vida renovado supone también el pasaje de la indiferencia al interés por el otro, y del rechazo a la acogida. » (S98).
« Nadie debe sentirse excluido de esta movilización por una nueva cultura de vida »,adjuntaba más adelante, antes de interpelar expresamente a las mujeres, reconociéndoles un rol primordial e irremplazable dentro de esta evolución cultural : « Para lograr este giro cultural en favor de la vida ,el pensamiento y la acción de las mujeres juega un rol único y sin duda determinante : a ellas les concierne el promover un nuevo « feminismo »que, sin sucumbir a la tentación de seguir los modelos masculinos sepa reconocer y expresar el verdadero genio femenino en todas las manifestaciones de la vida en sociedad trabajando para superar toda forma de discriminación, de violencia y de explotación. »

Y por fin , volviéndose especialmente hacia las mujeres víctimas del aborto, las exhortaba asegurándoles su solicitud y su confianza : « La Iglesia sabe cuántos condicionamientos han podido pesar en vuestra decisión, y no duda que ,en muchos casos esa decisión ha sido dolorosa y hasta dramática. Es probable que la herida de vuestra alma no se haya aún cerrado En realidad, lo que se produjo fue y resta profundamente injusto .Pero no se dejen llevar al abatimiento y no renuncien a la esperanza. Sepan más bien comprender lo que ocurrió, e intérpretenlo en verdad. Si todavía no lo han hecho, ábranse con humildad y confianza al arrepentimiento: el Padre todo misericordioso las espera para ofrecerles su perdón y su paz dentro del sacramento de la reconciliación. Ustedes se darán cuenta que nada está perdido, y que ustedes podrán también pedir perdón a vuestro hijo que vive de aquí en más en el Señor. Con la ayuda de los consejos y de la presencia de las personas amigas competentes, ustedes podrán formar parte de los defensores más convencidos del derecho de todos a la vida, a partir de vuestro testimonio doloroso .Dentro de vuestro compromiso con la vida, eventualmente coronado con el nacimiento de nuevas criaturas , la recepción y atención hacia aquellos que tienen más necesidad de una presencia calurosa, ustedes trabajarán para instaurar una nueva manera de considerar la vida del hombre. »(S99).

Como lo indicaba ya el Concilio, Juan Pablo II concluyó su encíclica recordando a qué punto en la dificultad cada mujer puede volverse hacia la Virgen María, « la aurora del nuevo mundo », segura de encontrar en su mirada maternal y misericordiosa un signo de esperanza y de consuelo. No es acaso María, en efecto, el prototipo de esas mujeres que han recibido la vida, cuando ella podía hacer prevalecer las condiciones de sufrimiento invocadas hoy para justificar el aborto: pobreza, juventud extrema, miedo al rechazo, al repudio o a la lapidación, proyectos de futuro molestados, hijo no programado...?

Y su incomparable fecundidad espiritual nació de la aceptación de su sorprendente maternidad.

Angers, 2 de enero de 2002 para la fiesta de Reyes